

La Ilustración Artística

AÑO XXIII

← BARCELONA 1.º DE AGOSTO DE 1904 →

NÚM. 1.179

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CONCIERTO ÍNTIMO,

cuadro de Alfredo Ricardo Kemplen

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *El secreto*, por Angel Alcalde. — La República de Panamá. — *Barco amarrado*, por Juan Arzadun. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Nuestros grabados*. — *Espectáculos*. — *Problemas de ajedrez*. — *Misia Jeromita*, novela (continuación). — *¿Dice la Biblia verdad?*, por A. T. Clay.

Grabados.—*Concierto íntimo*, cuadro de Alfredo Ricardo Kemplen. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *El secreto*. — *D. Manuel Amador*. — *Dr. Pablo Arosemena*. — *Dr. José Domingo Obaldía*. — *Mr. W. W. Russell*. — *El general Esteban Huertas*. — *Junta de Gobierno de la República de Panamá*. — *José Agustín Arango*. — *Federico Boyo*. — *Tomás Arias*. — *Escudo de armas de la República de Panamá é individuos que componen la Convención Nacional de la República*. — *El emperador Carlos I*, busto en bronce, obra de Pompeyo Leoni. — *El Malacca*. — *El Allanton*. — *El Prinz Heinrich*. — *Guerra ruso-japonesa*. — *Cocina de campaña japonesa*. — *Soldados japoneses reparando las tumbas de los soldados rusos*, dibujo de Frand Dadd. — *Conducción de un prisionero ruso herido á las ambulancias japonesas*, dibujo de F. S. Spence. — *El sitio de Puerto Arthur*. — *Una batería rusa*, dibujo de Koekkoek. — *Guzmán el Bueno*, escultura de José Alcoverro. — *Una aficionada*, cuadro de Gustavo Bacarisas. — Reproducciones de inscripciones antiguas conformes con el contenido de la Biblia. — *Jura de la bandera de la República de Panamá por el ejército en la plaza de Armas*.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Reelecciones de Presidentes: *México y Guatemala*. — *Colombia*: nuevo Presidente: situación económica y política. — *Ecuador*: preparativos para la elección presidencial: candidatos: el Estado y la Iglesia. — *Cuba*: la cuestión política y el estado económico: el comercio: España en el mercado cubano: el crédito de la República: las costumbres yanquis en Cuba. — *República Dominicana*: la paz. — *Honduras*: la Asamblea constituyente.

Otra vez ha sido reelegido para la presidencia de la República mexicana el general D. Porfirio Díaz. Según la última reforma constitucional, el nuevo período será de seis años; terminará, pues, con el año 1910. Si, para fortuna del país, alcanza la vida de Díaz hasta dicho año, será entonces octogenario, y habrá gobernado durante casi un tercio de siglo.

Conforme á la reforma antes mencionada se ha designado también vicepresidente; el electo es el Dr. D. Ramón Corral, persona muy ilustrada y laboriosa, gobernador que ha sido varias veces de su Estado natal, Sonora, habiendo desempeñado también los cargos de diputado á la legislatura de Sonora y al Congreso de la Unión y el de gobernador del Distrito Federal. Actualmente es Secretario ó Ministro de Gobernación.

En Guatemala también ha habido elecciones presidenciales. El 15 de marzo de 1905 terminará el período constitucional para el que fué elegido el actual Presidente D. Manuel Estrada Cabrera. Por decreto de la Asamblea Legislativa se convocó ya á todos los pueblos á elección directa de Presidente para el período de 1905-1911, y como se presumía, ha sido reelegido; en los primeros días de julio, el Sr. Estrada Cabrera.

Por muy pocos votos triunfó en Colombia el general D. Rafael Reyes sobre D. Joaquín Vélez. El nuevo presidente es hombre aún joven, pues nació á mediados del pasado siglo, y se ha distinguido, no tan sólo como político, general y diplomático, sino también como geógrafo y explorador de la región del Amazonas y de los Andes. Pertenece al partido conservador; pero sus primeros actos indican propósitos conciliadores, sobre todo si es cierta la alianza ó avenencia, de que se habla, con el presidente de Venezuela, Castro, pactada por ambos cuando Reyes se detuvo en Caracas al regresar á su país, de vuelta de las misiones diplomáticas que desempeñó con motivo de la secesión de Panamá.

La tal avenencia es muy oportuna, pues probablemente no faltarán complicaciones durante el gobierno del general Reyes. En Colombia la situación económica es pésima; hay una deuda enorme, y hace uno ó dos meses el cambio en las plazas del departamento del Cauca estaba á *once mil por 100*. El tipo medio en el país es de diez mil por 100, no mucho, ciertamente, si se tiene en cuenta que durante la guerra hubo épocas en que llegó al *veinticinco mil*. Desde octubre de 1899 se ha venido emitiendo, sin tasa, papel moneda, cuyo valor nominal pasa algo de 140 millones de libras esterlinas, que al cambio actual no valen más que 1.500.000 libras aproximadamente. Un peso papel colombiano representa hoy menos que un *perro chico* de nuestra moneda.

Por otra parte, no solamente hay que normalizar la vida económica y las relaciones comerciales con el exterior, sino precaverse contra nuevas tentativas de los revolucionarios liberales y aun, acaso, de los partidarios de Vélez, y contra intrigas ó agresiones de los yanqui-panameños que procuran irse extendiendo hacia el S., por la zona del Atrato.

Ha empezado la agitación en la República del Ecuador con motivo del nuevo período presidencial. La elección ha de hacerse en enero de 1905, y el Presidente elegido entrará en funciones en septiembre inmediato. Conservadores y liberales se aprestan á la lucha. Entre los candidatos del bando conservador se citan al Dr. D. Carlos R. Tovar y á D. Lisardo García. Como radicales figuran el general D. Manuel A. Franco y D. Flavio E. Alfaro, general también, de quien se dice que trabajará para conseguir la separación de la Iglesia y el Estado, y para que se declaren bienes de éste los que aquélla posee. El partido radical encarece la importancia de esta medida, gracias á la cual se supone que el Estado podrá disponer de unos 40 millones de pesos, y con ellos llevar el ferrocarril hasta Quito y emprender otras obras de utilidad pública. Claro es que semejante propósito ha de enardecer los ánimos de los católicos ecuatorianos contra quien tal despojo, según ellos, proyecta, y pondrán resuelto empeño en impedir el triunfo de Alfaro.

En Cuba, la cosa política no va del todo bien. Hay demasiada intransigencia en los partidos, y la gente radical se queja del abuso que hacen de su poder ó influencia los conservadores ó gubernamentales. Asuntos personalísimos, de actas y de cargos ó destinos públicos preocupan preferentemente á senadores y diputados. «Sería muy deplorable escribir—con este motivo el *Diario de la Marina*—que cuando todo marcha bien en esta joven nación, producción material, administración pública, relaciones entre sus habitantes, crédito interior y exterior, fuese una cuestión que bien ó mal ya está resuelta, la cuestión política, la que nos pusiera en evidencia ante los pueblos civilizados del nuevo y el viejo continente, que no podrían explicarse cómo Cuba, con un gobierno honrado, con una instrucción creciente, con una gran zafra y con una salud pública inmejorable, era un país desgraciado.»

Y en efecto, desde el punto de vista económico, no puede quejarse la nueva República. La última zafra ha sido extraordinaria; ¡1.200.000 toneladas! El país se va reponiendo, mucho antes de lo que se suponía, del estado de abatimiento y miseria en que quedó después de la guerra. Las exportaciones tuvieron un alza de más de 19 millones de dólares de 1899 á 1902; las importaciones disminuyeron, principalmente por la menor introducción de ganados en la isla, en estos últimos tiempos. A consecuencia de la guerra, quedaron casi aniquilados los ganados de toda clase que poblaban en tiempo de paz las férciles llanuras y espesos maniguales de Cuba, y á reparar esta parte tan importante de la riqueza agrícola se dedicaron y dedican aún no pocos capitalistas, realizando con ello pingües negocios. Hoy los campos de Cuba vuelven á ser recorridos por centenares de miles de cabezas de ganado de diferentes clases, y es de esperar que, en breve plazo, su riqueza pecuaria alcance la importancia que tuvo siempre.

Al aumento de las exportaciones han contribuido, en primer término, los productos mineros, tales como el hierro y el asfalto, y los productos agrícolas y ganaderos, tales como frutas, cueros crudos, miel, etc., sin contar, por supuesto, el azúcar y el tabaco. La industria agrícola ha tomado en pocos años gran incremento, y en breve tiempo será, á no dudarlo, una fuente no insignificante de riqueza para la isla. El valor de la miel exportada en 1902 ascendió ya á 681.000 dólares.

En el comercio general de Cuba corresponde á España el 16 por 100 de las importaciones. Desde 1899, Inglaterra se disputa con España el segundo lugar en las importaciones, y es de temer que si nuestros comerciantes é industriales no trabajan con tenacidad por conservar y acrecer su influencia en ese mercado, no sólo los ingleses, sino los alemanes, franceses y en especial los yanquis, irán adquiriendo lo que los nuestros pierdan.

Como escribe el cónsul de España en Cienfuegos, D. Manuel María Coll—de cuya última *Memoria Comercial* tomamos los datos que preceden,—seremos pronta é irremisiblemente vencidos en el mercado de Cuba si nuestros comerciantes no remiten de continuo

á sus compradores catálogos y notas de precios que les permitan establecer comparaciones entre precios y precios, entre nuestros productos y los productos similares de otros países; si no atienden las indicaciones de esos mismos compradores en todo lo referente á la manufactura, acondicionamiento y presentación de los artículos; si no mandan con frecuencia viajantes inteligentes que los ilustren acerca de las alteraciones y novedades de interés que ocurran en el mercado; si, por último, no inquietan las causas, para combatir las, á que se debe el que algunos de nuestros artículos hayan desaparecido ó estén en vías de desaparecer del comercio de esta isla.

Marcha bien, asimismo, el crédito interior y exterior de la República. Los banqueros yanquis facilitan y garantizan los empréstitos y demás operaciones financieras del gobierno, con lo que éste puede cubrir las más apremiantes necesidades, una de las cuales, y muy imperiosa, es el pago de las indemnizaciones y sueldos debidos con ocasión de la guerra de independencia.

Claro es que por este medio los Estados Unidos, principales acreedores de Cuba, afirman y robustecen su influencia en la isla, en la que pretenden imponer hasta sus costumbres, por más que algunas pugnen con el espíritu democrático y con los sentimientos humanitarios de la raza española y, en general, de la raza latina. Nos sugiere esta observación la lectura de periódicos cubanos y centroamericanos en los que se formula sentida protesta contra yanquis residentes en Cuba que se niegan á todo trato con los hombres de color, citándose especialmente el caso de un yanqui fondista ó dueño de hotel que no consiente que negros ni mulatos se hospeden ó coman en su establecimiento. «Tales desmanes—exclama uno de esos periódicos—no deben tolerarse en la tierra que regaron con su sangre los Maceos para levantar el edificio de la República democrática.»

Las últimas noticias de la República Dominicana son satisfactorias.

A mediados de marzo el presidente provisional Morales pudo imponerse transitoriamente á los rebeldes, recobrando á San Pedro de Macoris. No obstante, aquéllos no se dieron por vencidos, y la guerra civil continuó, con caracteres tales de gravedad, que los yanquis reforzaron su escuadrilla en las aguas de Santo Domingo para, llegado el caso de intervención, anticiparse á las potencias europeas que pudieran repetir lo de Venezuela, puesto que los cuatro quintos de la Deuda dominicana á acreedores de Europa se deben.

El gobierno yanqui creyó, sin duda, conveniente, tal vez para evitar conflictos en que su prestigio no quedara bien parado, ayudar á Morales en el restablecimiento de la paz, lo que al fin se consiguió, á principios de junio, gracias á los buenos oficios del comandante de uno de los buques norteamericanos.

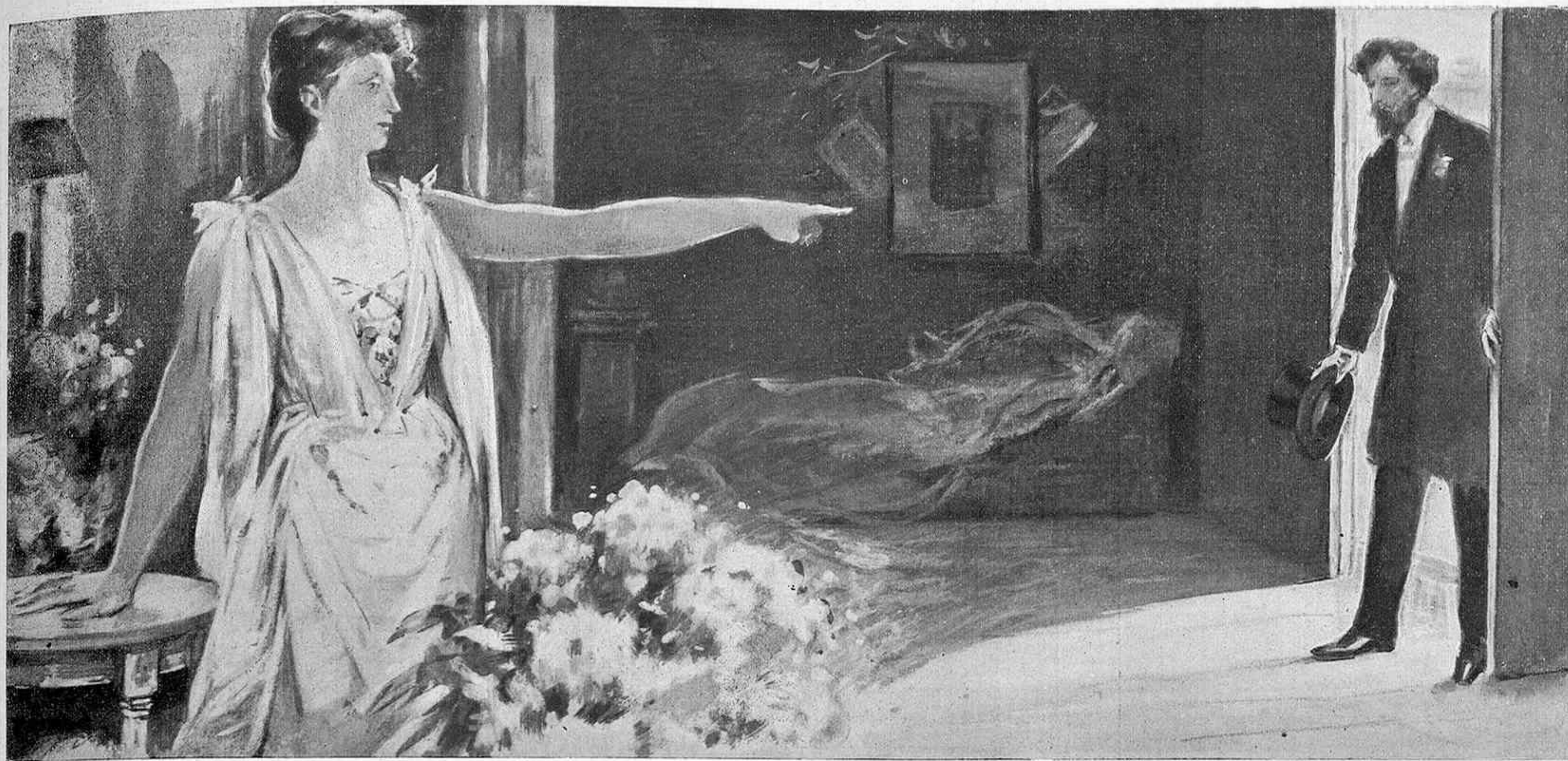
El 19 se legalizó la situación política, siendo elegidos Presidente y Vicepresidente constitucionales los generales Morales y Cáceres, respectivamente.

En los días 24 y 25 de abril se hicieron las elecciones de diputados á las Constituyentes de Honduras. El 1.º de junio se instaló con gran solemnidad la Asamblea, ante la cual el presidente de la República, general D. Manuel Bonilla, leyó breve mensaje, explicando los motivos que le impulsaron á tomar resoluciones extraordinarias, y encareciendo la necesidad de reformar algunos artículos de la última Carta constitutiva que, aunque dictados con laudable intención, no han correspondido á su objeto, y más bien han sido perjudiciales.

Le testó el presidente de la Constituyente, Doctor D. Faustó Dávila, con frases muy lisonjeras para el dictador, y después, á propuesta del Dr. D. Rafael Alvarado Guerrero, la Asamblea dió un voto de gracias al general Bonilla, quien, según los términos del correspondiente decreto, ha salvado de los horrores de la anarquía al país, lo conduce por las vías del progreso, del orden y la libertad, con sincero patriotismo y constante afán se empeña en mantener y afianzar la paz y armonía en Centro-América y, en suma, por sus esfuerzos en favor de la patria merece pública manifestación de gratitud.

Entre tanto, como el mismo Bonilla declaró en su mensaje, la causa que se sigue á los reos aprehendidos el 8 de febrero y que se hallan en la Penitenciaría, continúa substanciándose y, llegado el caso, el Tribunal que los juzga emitirá el fallo que estime de justicia.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



- ¡Salga usted de aquí!

El secreto, por Angel Alcalde

Entré en su *camerino*, como otras muchas noches, en un entreacto. La encontré, como siempre, tendida en una *chaise-longue*, hábilmente colocada frente á la luna de un gran armario.

Era muy hermosa aquella mujer, y como hermosa muy apetecida. Pero me constaba que no admitía ramos de flores. Y claro está que al no admitirlos, volvían intactos á su procedencia muchos billetes amorosos.

Y me constaba algo más: yo era el único hombre que cruzaba el umbral de su nido de artista.

Una *estrella* en todo su brillo, en plena «apoteosis de la carne,» es cebo seguro para el apetito pasional. Muchas veces me pregunté un tanto alarmado si no era una vergüenza mirar con calma beatífica á quien parecía creada ex profeso para atraer el fuego de ese hornillo que se llama corazón.

Estas íntimas reconvenções pasaban en seguida. ¿Por qué? Eso me preguntaba yo: ¿por qué?.. Allí había un secreto. ¡Un secreto! ¿Cuál podía ser?

Y ya no fué alarma, fué curiosidad invencible lo que se apoderó de mí, torturándome de continuo con esos interrogatorios mentales que acaban por ensimismar el ánimo y barajarlo á su capricho.

—¡Le esperaba á usted impaciente!, exclamó la artista, en idioma extranjero.

Aquella frase, dicha de súbito al tiempo que, sirviéndose como asidero de mi mano tendida para el saludo, se incorporaba poniendo en pie una gentileza provocativa, me cortó la respiración.

Confieso que sentí bascas, que se me estropajeó la lengua, que me tambaleé, ignoro si arrastrado por la mirada de la artista, ó por la onda de acre perfume que me envolvió de arriba abajo.

Ella abrió un cajoncito del tocador, y asaeteándome con los ojos, balbuceó dulcemente:

—Tome usted. Mi retrato.

¡Su retrato! ¿Para qué quería yo su retrato; sobre todo pudiendo admirar tan de cerca y tan impunemente el original?

Lo cogí con miedo, como si fuera de brasa; lo miré con escama, como si escondiese un filtro capaz de envenenarme el pensamiento.

La artista observó, sonrióme con afecto y volvió á adoptar su postura favorita en la *chaise-longue*.

Hablamos de lo de costumbre; tal obra, tal autor, tal crítico; á veces este ó el otro tocado, el efecto de una *toilette* original en el público... ¡Oh, el público! ¡Qué caprichoso, qué vano, qué soez! Sobre todo ellos, con raras excepciones, entes de una generación estólida, huecos de espíritu como esos maniqués de cartón piedra que lucen en los escaparates. Así los juzgaba mi interlocutora, pinchándoles de continuo con su frase mordaz, verdadero estilete de oro, por lo brillante y delicada.

Después de estos circunloquios solía pensar: «¿Ca-

rezco de atractivo para enamorarla? Creo que sí. ¿Me reconoce, siquiera, entendimiento para ser su compañero de excursión por las serenas regiones del arte? ¡Quizá!..»

Y perdido en el dédalo de tantas suposiciones, la realidad se imponía siempre con una sola lógica observación. ¿Por qué me *prefiere*? ¿Y lo del retrato? ¿Fué un acto de amistad? ¿Fué una genialidad ó un capricho? ¿Pudo ser... alusión embozada á posibles benevolencias en lo porvenir?

«¡Aquí hay un secreto!», acababa diciéndome siempre. Y seguía columpiando mis ideas entre la duda y la esperanza.

Transcurrieron tres días.

Visité como de costumbre el *camerino*, pero lo visité... después de haber recibido apremiante recado por boca del avisador.

La *estrella* deseaba verme; le extrañaba mi ausencia; tenía que hablarme de cosas muy urgentes...

La encontré, ¡cómo no!, tendida perezosamente en la *chaise longue*.

—¡Ingrato!

Este fué su saludo; y cogió mi mano entre las suyas, apretándola con efusión.

Sentí las bascas, el mareo, la lengua estropajosa y seca.

Debí palidecer mucho, porque ella lo advirtió.

—¿Está usted enfermo?

Una esposa enamorada, más aún, una madre amantísima, no hubiese impregnado de más dulzura estas palabras.

—¡Enfermo!..

Titubeé. No sabía qué contestar. Cruzó por mi mente ese relámpago de las grandes solemnidades; esa idea, fulminante, como la descarga eléctrica, que nos alumbraba los senderos del discurso en momentos de tinieblas y de vacilación.

—Sí, respondí secamente. ¡Estoy enfermo!

—¿Qué le duele á usted?

—Todo y nada.

—Entonces... ya sé lo que es.

Y entre burlona y compasiva, inclinándose á mi oreja, juntando el rafe de seda de su descote á mi cuerpo, dijo quedo, quedo:

—¡Amor!..

El proyectil vino envuelto en una bocanada de aire tibio: cerré los ojos por instinto, como si llegara súbitamente al borde de una sima; como si temiera la caída en un galope atropellado...

—¡Es usted como todos!, añadió.

¡Como todos! Esta frase, pronunciada con acritud, parecía una recriminación.

—Sí, soy como todos... Mas ¿usted qué ha supuesto? No vengo á referirle cuitas ajenas. La mujer que adoro es... usted.

—¡Yo!, ¡yo!..

Arrugósele el entrecejo; tembláronle los labios como deben temblarle al que fulmina una excomunió; mudó el color de aquel semblante; sintió todo su cuerpo una sacudida trágica; crispáronse aquellas manos diminutas y blancas, cayendo al suelo un soberbio abanico de concha y gasas que intenté recoger solícito.

—¡No!.. ¡Salga usted!

—¡Señora!

—¡Salga usted de aquí!

La hermosa conservaba el brazo extendido, señalándome la puerta. Cogí el bastón y el sombrero y me incliné ceremoniosamente.

—Es usted tan mediocre, tan adocenado, tan inconveniente como sus otros congéneres. ¡Me *desacredita* usted!

—¡Señora! Por lo más sagrado, por caridad en último término, una explicación, dos palabras, media palabra...

—Ha visto la excepción que hice con usted, permitiéndole la entrada en este templo. Porque este cuarto, caballero, por si usted lo ignoraba, es un templo, y yo su única diosa.

Creí haber sido adivinada; creí que sabría usted prescindir de la mujer para admirar la artista; ser el confidente que yo he soñado, un confidente discreto, generoso, leal, hombre, porque el arte necesita de la masculinidad, el más elevado, el más entusiasta, el más vigoroso; quise convivir con usted en este maridaje espiritual...

Me *desacredita* usted, confieso mi torpeza. Seguramente que en mis apretones amistosos, que en la entrega de mi retrato, simple ofrenda del culto que aquí se practica, habrá supuesto usted mezclados estímulos, adhesiones, quién sabe si torpes condescendencias... Entre las frivolidades mundanas, será usted un ortodoxo; aquí dentro, es usted un hereje. Yo me debo á mi arte: los hombres todos son una cifra negativa junto á la cifra dorada de mi reputación. Vaya usted con los catecúmenos de frac y monoclo que merodean á la puerta de mi templo invitando al placer de unas horas en un billetito cursi que para otras mujeres de mi laya suele ser un cheque de unos cientos de francos. ¡Vaya, vaya con Dios!..

Y como intentara hablarla antes de separarme de ella para siempre, me interrumpió:

—Va usted á saber del todo mi secreto: tengo también una pasión.

—¡Una pasión!

—Una sólo.

Y señaló su gentil continente reflejado en la bruñida luna del armario.

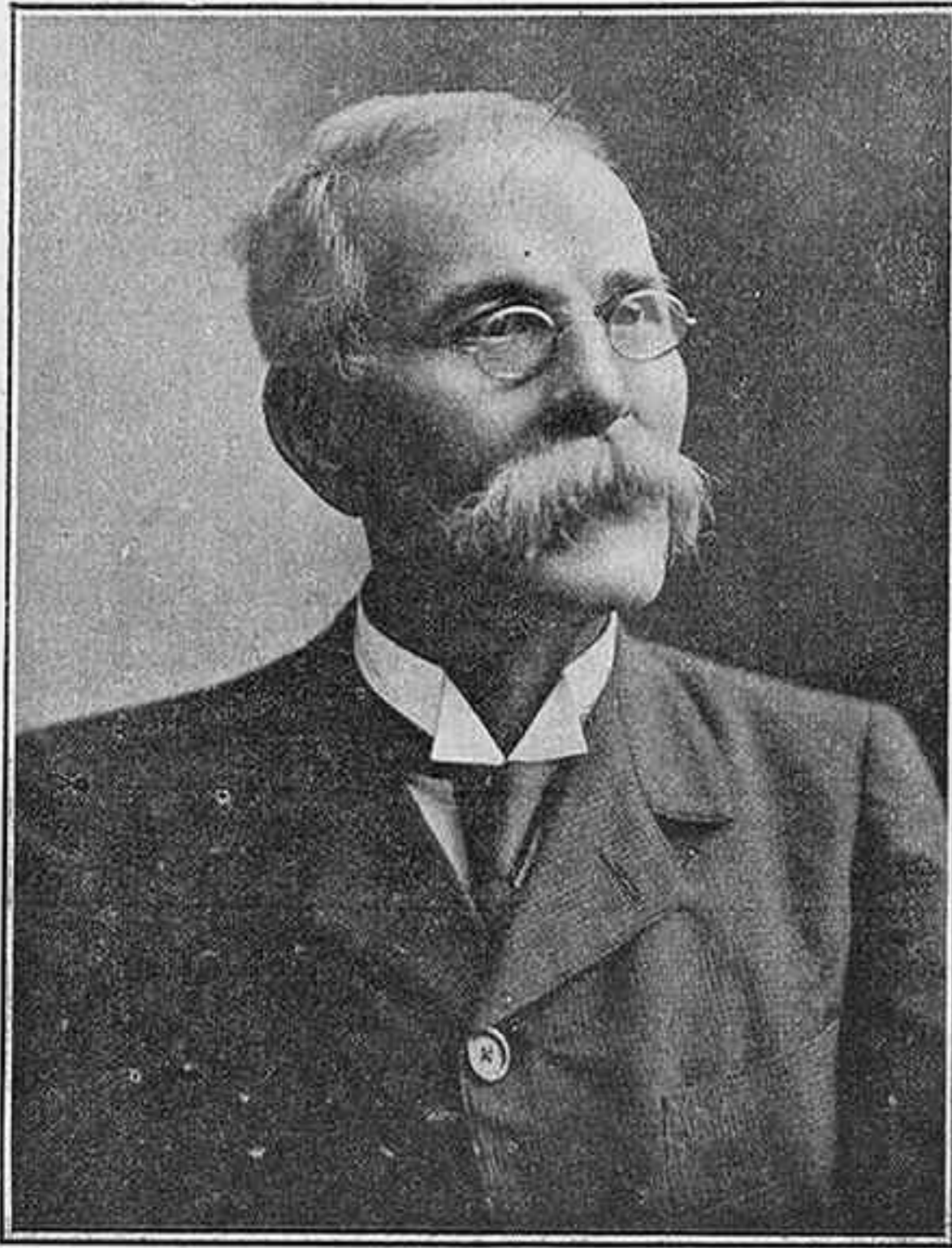
—¡Comprendo!..

—Salga usted y no lo olvide jamás... ¡Me adoro á mí misma!..

(Dibujo de Triadó.)

LA REPÚBLICA DE PANAMÁ

En las interesantes revistas hispano-americanas que mensualmente publicamos debidas á la pluma de nuestro distinguido colaborador D. Ricardo Beltrán y Rózpide, habrán podido nuestros lectores seguir el curso de los acontecimientos que han dado lugar á la creación de este nuevo Estado de la América meridional. Como se trata de hechos muy recientes, creemos ocioso repetir lo que en dichas crónicas está minuciosamente explicado, y al publicar



D. MANUEL AMADOR,
Presidente de la República de Panamá

en el presente número los retratos de los principales personajes que se hallan al frente de los destinos de la flamante República, nos limitaremos á reproducir el acta de independencia de ésta como documento histórico curioso.

Dice así:

ACTA DE INDEPENDENCIA DEL ISTMO

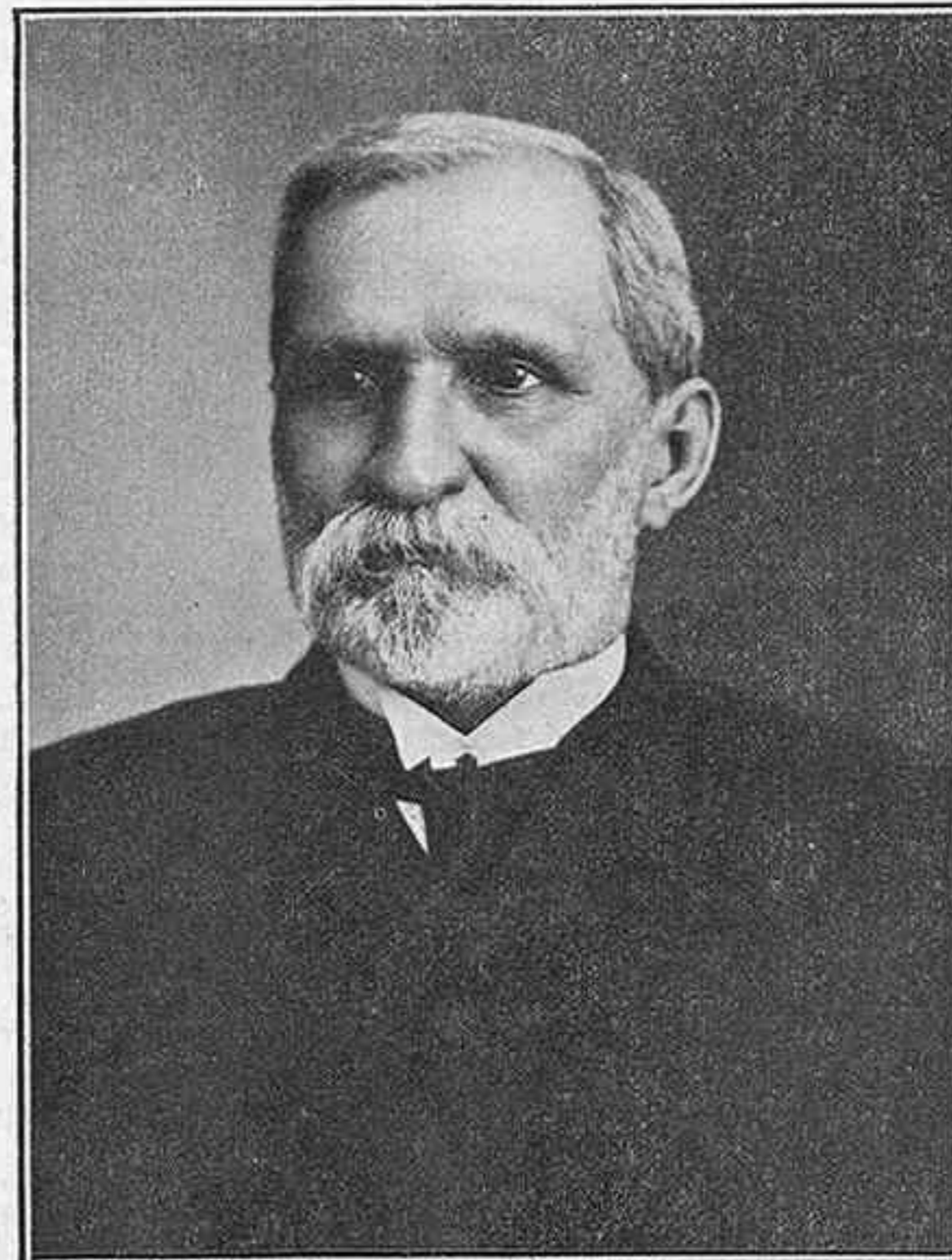
«En la ciudad de Panamá, cabecera del Distrito del mismo nombre, á las tres de la tarde del día cuatro de Noviembre de mil novecientos tres, se reunió por derecho propio el Concejo Municipal con la asistencia de los señores Concejales Aizpuru Rafael, Arango Ricardo M., Arias F. Agustín, Arosemena



El general ESTEBAN HUERTAS, jefe de las tropas colombianas en el istmo de Panamá, que cooperó eficazmente á la independencia de la nueva República.

Fabio, Brid Demetrio H., Chiari R. José María, Cucalón P. Manuel J., Domínguez Alcides, Lewis Samuel, Linares Enrique, Mc Kay Oscar M., Méndez Manuel María y Vallarino Darío, el Alcalde del Distrito y el Personero Municipal, y teniendo el exclusivo propósito de deliberar respecto de la situación en que el país se encuentra y resolver sobre lo más conveniente á la tranquilidad, al desarrollo y al engrandecimiento de los pueblos que constituyen la entidad etnográfica y política denominada Istmo de Panamá, se consideraron detenidamente por los señores Concejales Arias F., Arosemena, Chiari, Brid, Cucalón P., Aizpuru, Lewis y Linares de los hechos históricos en virtud de los cuales el Istmo de Panamá, por su propio estímulo y en esperanza de procurarse los amplios beneficios del Derecho y la Libertad, desligó, el veintiocho de Noviembre de mil ochocientos veintiuno, sus destinos de los de España, y espontáneamente asoció su suerte á la de la Gran República de Colombia.

»Hicieron reflexiones tendientes á establecer que la unión del Istmo con la antigua y moderna Colombia no ha producido los bienes que de ese acto se aguardaron; y en extensa consideración se hizo mención particularizada de los grandes é incesantes agravios que al Istmo de Panamá le han hecho en sus intereses materiales y morales, en todo tiempo, los Gobiernos que en la Nación se han sucedido, ora en las épocas de Federación, ora en las del Centralismo; agravios que en vez de ser atendidos y patrióticamente remediados por quienes debieron serlo, cada día se aumentan en cantidad y se agravan en importancia, con persistencia y ceguedad tales que han desarraigado en los pueblos del Departamento de Panamá la inclinación que por pura voluntad tuvie-



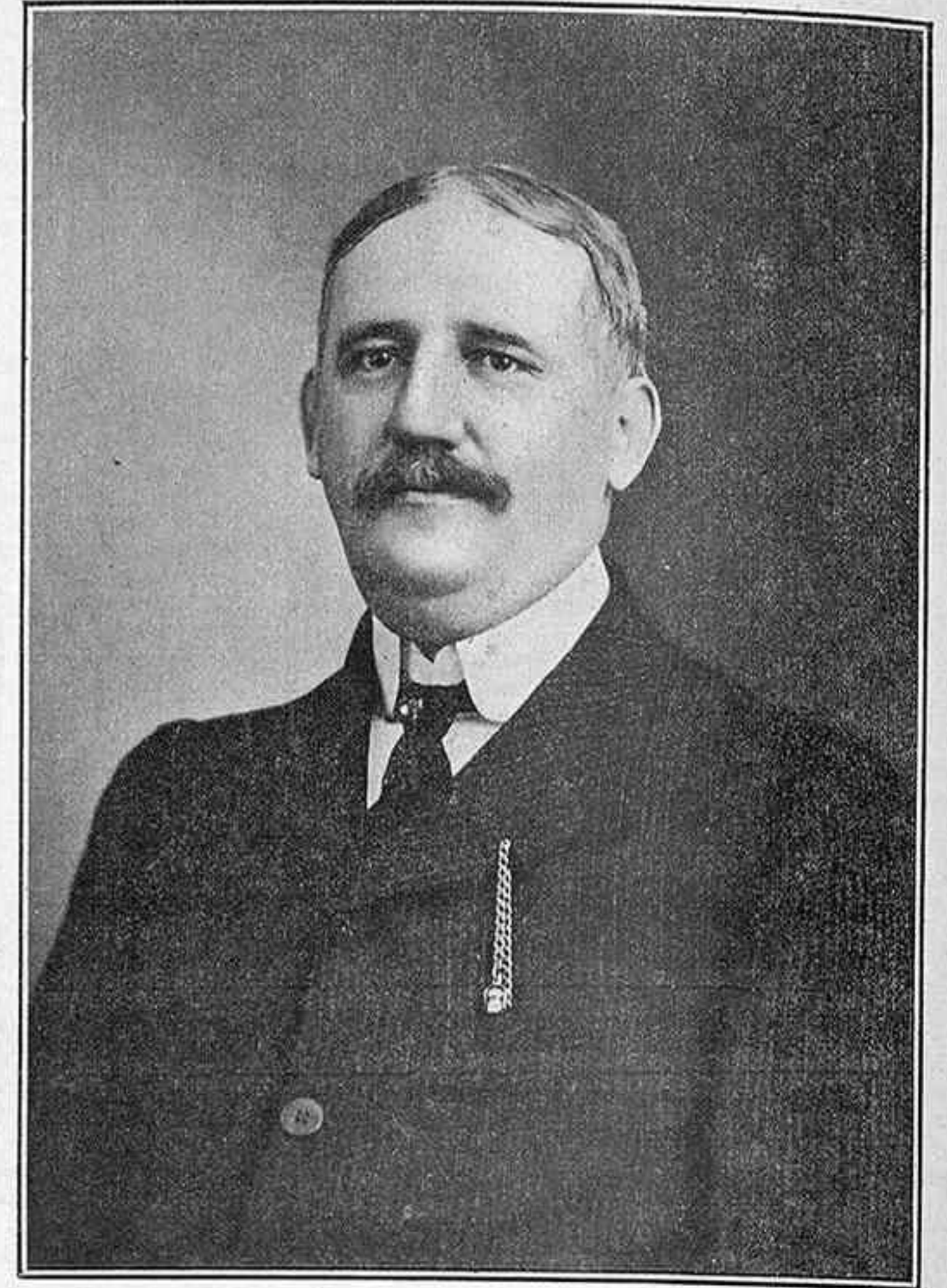
Dr. JOSÉ DOMINGO OBALDÍA, segundo Vicepresidente de la República de Panamá y Ministro cerca del gobierno de los Estados Unidos.

ron á Colombia, y demostrándoles que, colmada la medida de las querellas y pérdidas las esperanzas en el futuro, es el momento de desatar unos vínculos que lo retrasan en cuanto tiende á la civilización, que pone obstáculos insuperables al progreso y que, en suma, les produce infelicidad contrariando y haciendo completamente nugatorios los fines de la sociedad política en que entraron movidos por la necesidad de satisfacer la obligación de prosperar en el seno del Derecho respetado y de la Libertad asegurada.

»En virtud de las consideraciones expuestas, el Concejo Municipal del Distrito de Panamá, fiel intérprete de los sentimientos de sus representados, declara, en forma solemne, que los pueblos en su jurisdicción, se separan desde hoy y para lo sucesivo, de Colombia, para formar con las demás poblaciones del Departamento de Panamá, que aceptan la separación y se le unan, el Estado de Panamá, á fin de constituir una República con Gobierno independiente, democrático, representativo y responsable, que propenda á la felicidad de los nativos y de los demás habitantes del territorio del Istmo.

»Para llevar á la práctica el cumplimiento de la resolución que tienen los pueblos de Panamá, de emanciparse del Gobierno de Colombia, en uso de su autonomía y para disponer de sus destinos, fundar una nueva Nacionalidad, libre de poderes extraños, el Concejo Municipal del Distrito de Panamá, por sí y en nombre de los otros Concejos Municipales del Departamento, encomienda la administración,

gestión y dirección de los negocios, transitoriamente y mientras se constituye la nueva República, á una Junta de Gobierno compuesta de los señores José



Mr. W. W. RUSSELL, Ministro de los Estados Unidos cerca del gobierno de Panamá

Agustín Arango, Federico Boyd y Tomás Arias, en quienes, sin reserva alguna, delega los poderes, autorizaciones y facultades necesarias, amplias y bastante para el satisfactorio cumplimiento del cometido que en nombre de la Patria se les encarga.

»Se dispuso convocar á la población de Panamá á Cabildo Abierto, para someter á su sanción el acuerdo que entraña la presente Acta, que se firmó por los Dignatarios y los miembros presentes de la Corporación.»—X.

BARCO AMARRADO

Un año apenas llevaba de navegación Venancio, piloto en el *Antzoras*, hermoso vapor de una compañía bilbaína.

No recorrían línea fija, dispuestos á todo con tal de encontrar buenos fletes. Primero llevaron á la China víveres y municiones para las fuerzas expedicionarias, después provisiones al Transvaal. A la vuelta cayó sobre ellos como una bomba la noticia de que, en plena crisis por la constante depreciación



Dr. PABLO AROSEMENA, primer Vicepresidente de la República de Panamá y Presidente de la Convención Nacional

de los fletes, la compañía había decidido amarrar el barco.

Con la muerte en el alma se despidieron del vapor, que parecía un inválido acometido por la parálisis en plena robustez.

Al pobre mozo, anonadado por el golpe que le

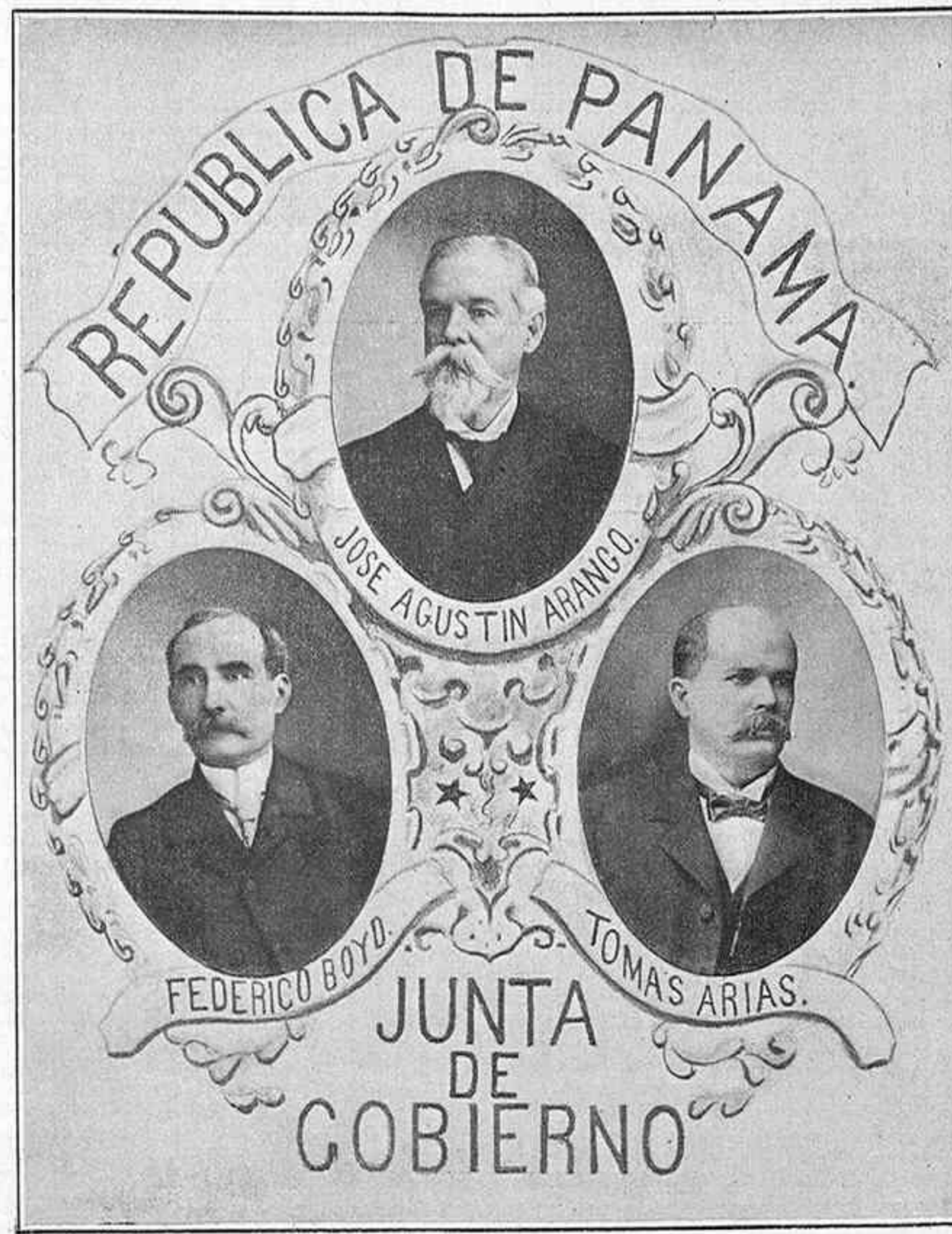
inutilizaba esterilizando su actividad, su ansia de trabajar, su afición ardiente por la vida del mar, á la cual le arrastraba su instinto aventurero, no se le ocurrió otra cosa que volver á la casería de sus padres, colgada sobre la costa brava; otro barco anclado que había llenado su infancia de afán curioso por ver lo que había tras de la línea vaga del horizonte.

El desconcierto y asombro de los viejos le oprimió el corazón. ¿No era el barco fuerte y joven como su hijo? ¿Por qué pararlo? Jamás la tierra se niega á ser fecundizada por el surco, mientras brazos vigorosos guíen la yunta. Aunque la cosecha sea problemática y escasa, no duerme la laya, ni se enmohece el arado. ¿Acaso el mar no fecunda siempre, en los surcos espumosos que en él trazan las quillas, la simiente de la energía humana?

Nada dijeron al hijo, cuya pena adivinaban. El, vestido como un señor, hecho á la vida inquieta y bullidora, ¿cómo se acostumbraría á la monotonía campesina?

Al día siguiente vieron que, como buen hijo de su raza, no daba al abatimiento el cebo de la ociosidad. Los que amarran los barcos nuevos no han de lograr que se inutilicen con la herrumbre de la holganza los brazos jóvenes. A falta de surcos de espuma hechos con la tajante proa, se abren otros en la tierra dura guiando el arado; si el mar rechaza al hombre, la tierra es madre, pobre y vieja, parsimoniosa y avara, pero madre al fin, propicia siempre á los afanes y desvelos de sus hijos.

Para dar el pobre á sus ojos el espectáculo incomparable de la llanura azul, guiaba el arado cara al mar que desde la heredad en



JUNTA DE GOBIERNO DE LA REPUBLICA DE PANAMA
NOMBRADA POR EL ACTA DE INDEPENDENCIA DE 4 DE NOVIEMBRE DE 1903

vastos horizontes se descubría. Contempláballo con tal embeleso, que más de una vez llegó á imaginarse que la esteva era la caña del timón y que avanzaba con lentitud por el piélago en calma.

Daba descanso á los pesados bueyes cuando alcanzaba á divisar en lontananza leve columna de humo que señalaba el paso de un vapor. Con avidez ansiosa le miraba, y dando tormento á los perspicaces ojos adivinaba, por señales casi imperceptibles, cuál era... En él navegaban compañeros más dichosos. Le parecía verles en su puesto, de guardia sobre el puente, trazando el recto surco que llevara el buque á su destino, velando con atención constante para evitar uno de esos choques cuya frecuencia hace creer que el mar va resultando camino estrecho para la actividad del hombre.

Cuando se perdían detrás del cabo, continuaba él su labor lanzando un suspiro, y siguiéndoles con el pensamiento, se imaginaba la llegada al puerto, el trajín de la descarga y las rumbas luego con gente moza reunida por el azar, contándose de sobremesa estupendas maravillas y peligros, sufridos por unos en los bagueos y temblores de las islas de Oceanía, por otros entre los *ice-bergs* de las regiones polares.

¡Y él amarrado como su barco!

Un día arrancó de entre las crueles manos de unos chiquillos á un *icho-chori* al que habían cortado los vuelos, y le dió asilo en el corral de la casa.

Y con íntima simpatía le cuidaba, viendo en él á su propia imagen. También aquel hijo del mar se aburría en tierra, amortecido y melancólico. Los dos, ansiosos de volar,



ESCUDO DE ARMAS DE LA REPUBLICA DE PANAMA É INDIVIDUOS QUE COMPOENEN LA CONVENCION NACIONAL DE LA REPUBLICA

tenían las alas cortadas. ¿Cuándo renacerían las plumas permitiéndoles tender el vuelo?

Hizo en sus ratos de ocio una singular veleta, á cuyos extremos dos botes con las velas desplegadas giraban por los aires, persiguiéndose veloces á cada ráfaga. En los días de calma chicha, las velas caían lacias, el *icho-chori* se adormitaba aburridísimo y él sentía un cansancio inmenso. Entre aquellos aldeanos á quienes apasionaban menudencias referentes á tierras y ganados que no lograban interesar su atención, se sentía tan fuera de su centro, tan abandonado y solitario como el ave marina entre la volatería del corral, donde las gallinas se apartaban de ella cacareando, entre asustadas y desdeñosas.

Algunas veces, para entretener su hastío, salía á pescar en un bote: llevaba consigo al *icho-chori*, que parecía otro, animado y vivo al mecerse en el agua. El también se emborrachaba de aire de mar, bebido á grandes bocanadas, y se mecía en el bote exagerando de intento las sacudidas de las olas.

Pero al poco rato la embriaguez se disipaba: aquel mar de estrecho horizonte que desde la embarcación menguada aparecía, no era el de sus recuerdos, el que veía desde el puente á través de la melena de humo y entre los cordajes de la jarcia de su vapor. Aquí el mar ondulaba con vaivén perezoso de mecedora, mientras que en la rápida carrera de su barco las ondas rizadas corrían hacia atrás, como veloz corriente de río caudaloso que el buque remontara forcejeando.

También el ave marina acababa por refugiarse en el bote, contemplando huraña y mustia la inmensidad del aire, que ya no era camino abierto para sus alas impotentes.

Los días de temporal el mar llenaba con sus rugidos de locura la casería: lanzaba el pájaro marino el agudo chillido de las tempestades, agitando las alas, electrizado y nervioso; los botes de la veleta se perseguían en desesperada carrera, haciendo gemir el eje enmohecido como queja doliente por no poder dilatar su trazado camino, y Venancio, desunciendo los bueyes, se sentaba absorto en el acantilado siguiendo con la vista las azarasas proezas de los pescadores, que sorprendidos por el huracán, luchaban por forzar la barra espumosa y penetrar en el puerto. Mar adentro un quechemarín capeaba el temporal, y él, subyugado por el espectáculo de la lucha contra los elementos, se revolvía como fiera enjaulada, vociferando consejos y órdenes de maniobras salvadoras que no podían llegar hasta el buque:

—¡Carga mesana!.. ¡Arria la cangreja!.. ¡Iza foque!.. El quechemarín desaparecía á lo lejos y el pobre *amarrado* se mordía los puños de rabia...

Con la primavera llegaron las romerías, encanto de la gente moza.

Acudía á ellas por la fuerza de la costumbre y se aburría mortalmente. Iba vestido de labrador: el traje de fino paño azul hecho en Inglaterra, las botas de piel de Rusia por las que pagó una libra esterlina en Nueva York, guardadas estaban. No se las ponía porque no eran de él: eran del *otro*, del que navega-

ba, ganando con su industria lucida paga; fuera engaño adornar con tales galas al labrador de ocasión que conquistaba apenas el pan de cada día.

No quería bailar porque las aldeanas se mostraban para con él acortadas y confusas, mientras las señoritas que en alegre bando paseaban entre los corros de los ciegos sus trajes claros, defendiendo del sol su fina tez con sombrillas de seda de colores vivos,

pirar sin parecer soberbio á llamar suya á aquella niña que le había tratado sin orgullo, á aspirar á aquella suave mano que había curado sus heridas con sólo tocarlas.

Volvieron á verse en las romerías: él, después de muchas vacilaciones, decidió seguir vistiendo el traje de labrador, aunque adornándolo, sin darse cuenta, más de lo acostumbrado. No volvió á sacarla á bailar; pero ya las tardes le parecían cortas al emplearlas en seguir á hurtadillas á la niña, respondiendo con deliciosa confusión á su amistoso saludo y ruborizándose hasta los ojos si resultaba descubierto en su acecho de espía.

Un día, al entrar en el corral, sorprendió al *icho-chori* ensayando su vuelo.

Aquello le pareció excelente presagio: también sus alas renacerían en breve y podría volar hacia el porvenir.

Era preciso dar libertad al ave afortunada, ante la cual se abrían de nuevo los caminos del aire.

La llevó á lo más alto del acantilado, sobre un paredón de rocas cuyo pie baten las olas sin cesar. Una emoción extraña oprimió su pecho al separarse de su compañero de penas. Extendió su brazo manteniendo un momento al ave sobre el abismo, la retiró para llevársela á los labios, la soltó luego y dijo «¡Adiós!» siguiéndola con la mirada hasta que se desvaneció en la lejanía.

Pocos días después, vestido ya para la romería, recibió la orden de incorporarse á su barco.

Sin un gesto, sin una exclamación, corrió hacia el arca donde estaban guardados su traje azul hecho en Inglaterra, sus botas de piel de Rusia, sus galas todas de marino.

Vestido con ellas se presentó á sus padres, orgulloso y contento, abrazándolos largamente entre lágrimas de alegría de los viejos...

¡Y á la romería á escape!

Acogíanle por todas partes saludos y enhorabuena, que él aceptaba encantado y risueño... Pero ¡qué largo es el camino de la impaciencia! Juraría que tardó un siglo en llegar. ¿Y si no estaba ella?

Sólo de pensarlo se agrió su contento y se le alargó la cara como á un niño temeroso. ¡Sí, allí estaba!.. El la vió desde lejos, la más bella del grupo de los trajes claros y las sombrillas de colores.

Puso la proa hacia ella, Norte inmutable por el que habían de guiarse ya todos los rumbos de su vida. La niña, ruborizada y confusa, le vió acercarse sin dar crédito á sus ojos, y aquella vez él fué quien tuvo que saludarla primero.

Bailaron juntos toda la tarde, sin hablarse apenas, él curado de tristezas y desalientos, pisando firme en la senda segura de la vida; ella dejando transparentar discretamente su contento, acogiendo con alegre sonrisa las bromas y plácemes de sus amigos.

El marino dirigió un auresku, en el que hizo derroche de agilidad y brío: también á él le habían crecido las alas como al *icho-chori*...

Y sin previo acuerdo eligieron para él, como pareja, á la gentil doncella, ante la cual se deshizo en saltos, trenzados y reverencias, mientras la niña, á cuyos pies habían echado las boinas todos los bailarines, recibía ruborosa aquellos homenajes.



El emperador Carlos I, busto en bronce obra de Pompeo Leoni. (Museo Nacional de Madrid.)

se hubieran mostrado sorprendidas é inquietas ante la invitación de un aldeano.

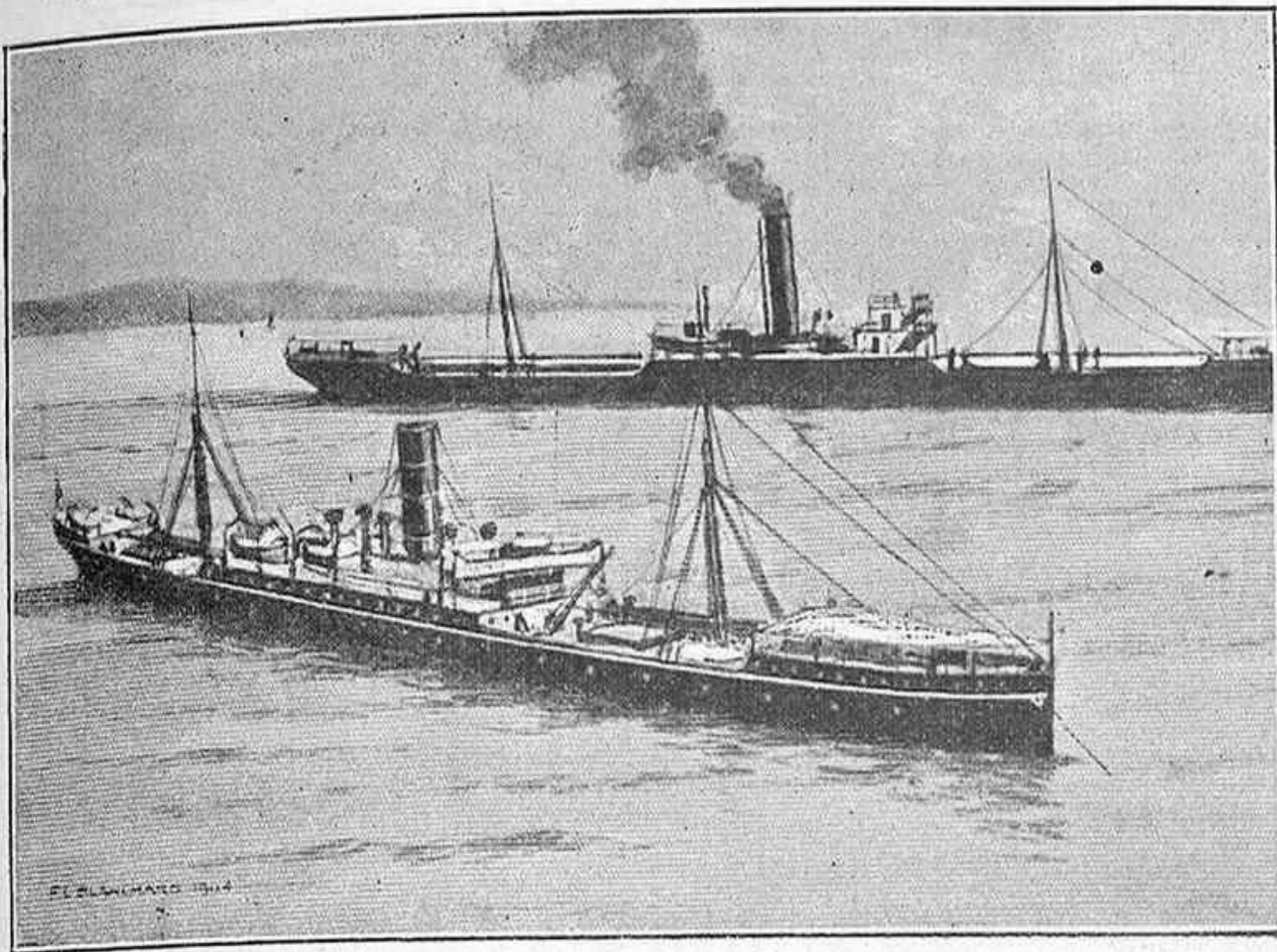
Un día, sin embargo, invitó movido por misterioso impulso á una preciosa señorita, que accedió á su ruego con graciosa cordialidad.

Ella, adivinando con sutil instinto que el burdo traje no era el propio del gallardo mozo, descubrió el secreto y le trató con delicada consideración, que fué bálsamo reconfortante para aquel corazón desmayado. Para las heridas de amargura y desaliento de los pechos juveniles, Dios ha dado á la mujer misteriosos y eficaces remedios que ella sola sabe.

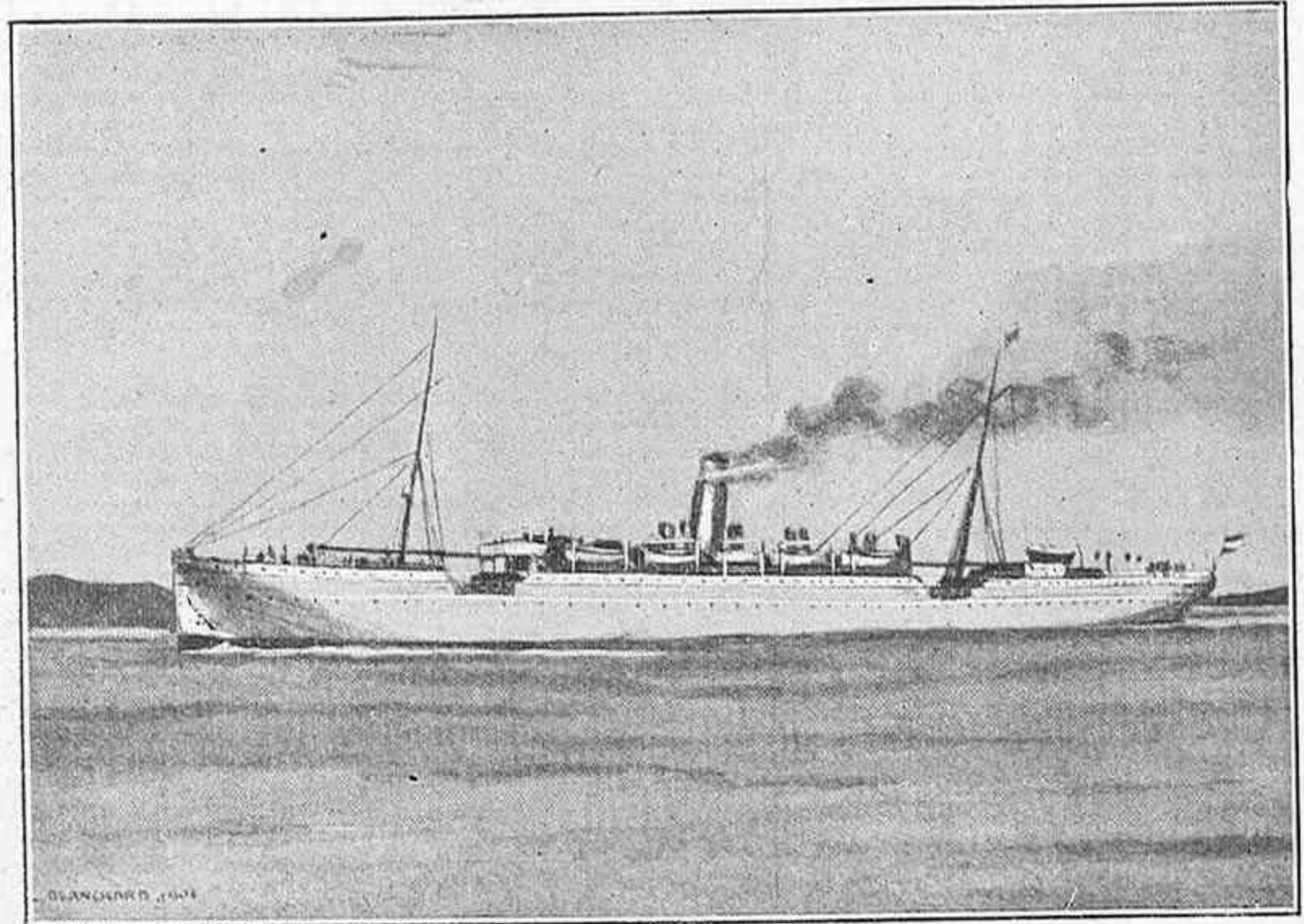
Cuando volvió aquella vez de la romería, llena su alma con la gentil imagen de Inés, llevaba erguida la cabeza y alto el pensamiento al recordar las animosas palabras de la joven.

¡Fuera desmayos! No duraría cien años aquel mal que le afligía: era pasajera enfermedad y no lesión incurable. Tiempos mejores le devolverían á su vida de actividad y de trabajo: pingües ganancias, acrecentadas en lo porvenir por economía estrecha, le permitirían más tarde ganar el dulce derecho de as-

...



El MALACCA



El PRINZ HEINRICH

El ALLANTON
Buques capturados ó registrados por los rusos, dibujos de F. L. Blanchard.

El *Malacca* y el *Prinz Heinrich* fueron apresados por los cruceros de la flota voluntaria rusa en el mar Rojo. El *Allanton* lo fué por la división naval rusa de Vladivostok.

Caía la tarde: se despedían todos para emprender el regreso, cuando él dijo á la niña:
—A navegar voy otra vez... ¿Ya me esperará usted?
Ella, encendida y trémula, respondió con la mirada.
—¡Buen viaje!, le dijo.
Y añadió en voz baja:
—¡Hasta la vista!..

El barco amarrado recobra vida nueva. Gente presurosa sale y entra por sus escotillas, completando los preparativos de marcha. La melena de humo se riza entre la jarcia, y el vapor se escapa jadeando de los pulmones del gigante.

Ruge la sirena, se oyen los presurosos golpeteos de la hélice y la pesada mole se pone en marcha.

Venancio va sobre el puente, atento á la maniobra, recibiendo como una caricia el brisote duro que el mar le echa al rostro en aliento formidable.

Vuela hacia el Océano que adora; pero su pensamiento le lleva á pesar suyo hacia el campo en que verdea el fruto de su esfuerzo, hacia la aldea donde mora la que ama.

Piensa en que si el mar es el camino franco, en la tierra está el puerto; que si el barco joven debe trazar, mientras pueda, en los revueltos mares el surco fecundo de la humana labor, ha de ser Norte de sus afanes el tranquilo fondeadero, para cuando la vejez le haga barco amarrado para siempre.

JUAN ARZADUN.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

El suceso más importante ocurrido con posterioridad á nuestra anterior crónica ha sido la toma de Ta-Chi-Kiao y de Niu-Tchuang por los japoneses, después de tres días de reñidos combates. El 22, por la noche, hubo los primeros encuentros y en la mañana del 23 la artillería japonesa atacó las posiciones rusas; poco después entraron en acción dos divisiones de infantería japonesas, y al anochechar las avanzadas de éstos ocuparon la posición de Tan-Tchú, en donde vivaquearon. Reanudada la batalla á las cinco de la mañana del 24, los japoneses abrieron contra los rusos un violento cañoneo que duró hasta las cuatro de la tarde, hora en que atacaron enérgicamente al centro ruso, siendo rechazados. A las nueve de la noche terminó el combate, y en la mañana del 25 los rusos evacuaron las dos poblaciones antes citadas, que ocuparon inmediatamente los japoneses.

Los rusos, siguiendo el plan trazado por Kuropatkin y al cual obedecen todas las operaciones del movimiento de retirada iniciado desde hace tiempo,

consiguieron su objeto, que no era otro que retrasar todo lo posible el avance del enemigo, disputándole el terreno palmo á palmo; pero los japoneses han logrado una gran ventaja apoderándose de Ta-Chi-Kiao y de Niu-Tchuang, sobre todo con la ocupación de esta última, que les hace dueños del puerto de In-Keú, importante base de operaciones por donde podrán en lo sucesivo realizar sus desembarcos. Por delante de este puerto se ha visto ya cruzar la escuadra japonesa escoltando veinte buques que conducen tropas, las cuales no tardarán en ser desembarcadas.

También prosigue el movimiento de avance de los japoneses por la parte de Liao-Yang, si bien es difícil averiguar con certeza la verdad de las operaciones

desde el principio de las operaciones unos y otros se propusieron, á saber: los rusos, retardar lo más posible el avance del enemigo; y los japoneses, ir avanzando á toda costa. De ello resulta, que los primeros al evacuar sus posiciones y los segundos al ocuparlas pueden atribuirse con igual derecho la victoria, ya que la retirada de los unos y el avance de los otros responden perfectamente á los planes de los respectivos generales en jefe.

La mayor parte de las noticias que se reciben de Puerto Arthur son de procedencia china y merecen, por ende, muy poco crédito. Por otros conductos se dice que los japoneses sufren grandes pérdidas al Norte de la plaza y que habiendo intentado recientemente un ataque fueron rechazados. Dicese también que el día 20 los sitiadores bombardearon la ciudad. Los números recibidos del diario *Novi-Krai* que en Puerto Arthur se publica, que alcanzan hasta el 11 de julio, no hacen la menor alusión á la famosa acción que, según se dijo, había costado á los japoneses 30.000 hombres: de ello se deduce que no sólo no hubo tal hecatombe, sino que ni siquiera hubo batalla, y que por consiguiente los sitiadores no experimentaron las pérdidas muy inferiores que dábamos como ciertas en nuestra crónica anterior, tomándolo de noticias que tenían todos los visos de fidedignas. El propio diario dice que el día 10 verificó una salida la escuadra, obligando á los torpederos japoneses á retirarse y regresando aquélla á la rada sin contratiempo alguno. En la noche del



GUERRA RUSO-JAPONESA. —COCINA DE CAMPAÑA JAPONESA. COCIENDO EL ARROZ PARA EL EJÉRCITO (Dibujo de A. Michael, de un croquis del natural de un artista japonés.)

que por aquel lado se realizan, ya por lo contradictorio de las noticias, según que procedan de uno ú otro origen, ya por la imposibilidad de seguir todos los movimientos de los ejércitos, dado que casi ninguno de los nombres de lugares se encuentran en los mapas. De todos modos, se sabe que se han trabado numerosos combates, algunos de ellos bastantes sangrientos, como el del día 19, en el que se dice que los japoneses tuvieron 424 bajas y los rusos un millar, y que aquéllos han ocupado importantes líneas estratégicas en los caminos de Liao-Yang y de Mukden. Dicese asimismo que el 24 se trabó una reñida batalla en la que los rusos obligaron á los japoneses á retirarse con grandes pérdidas.

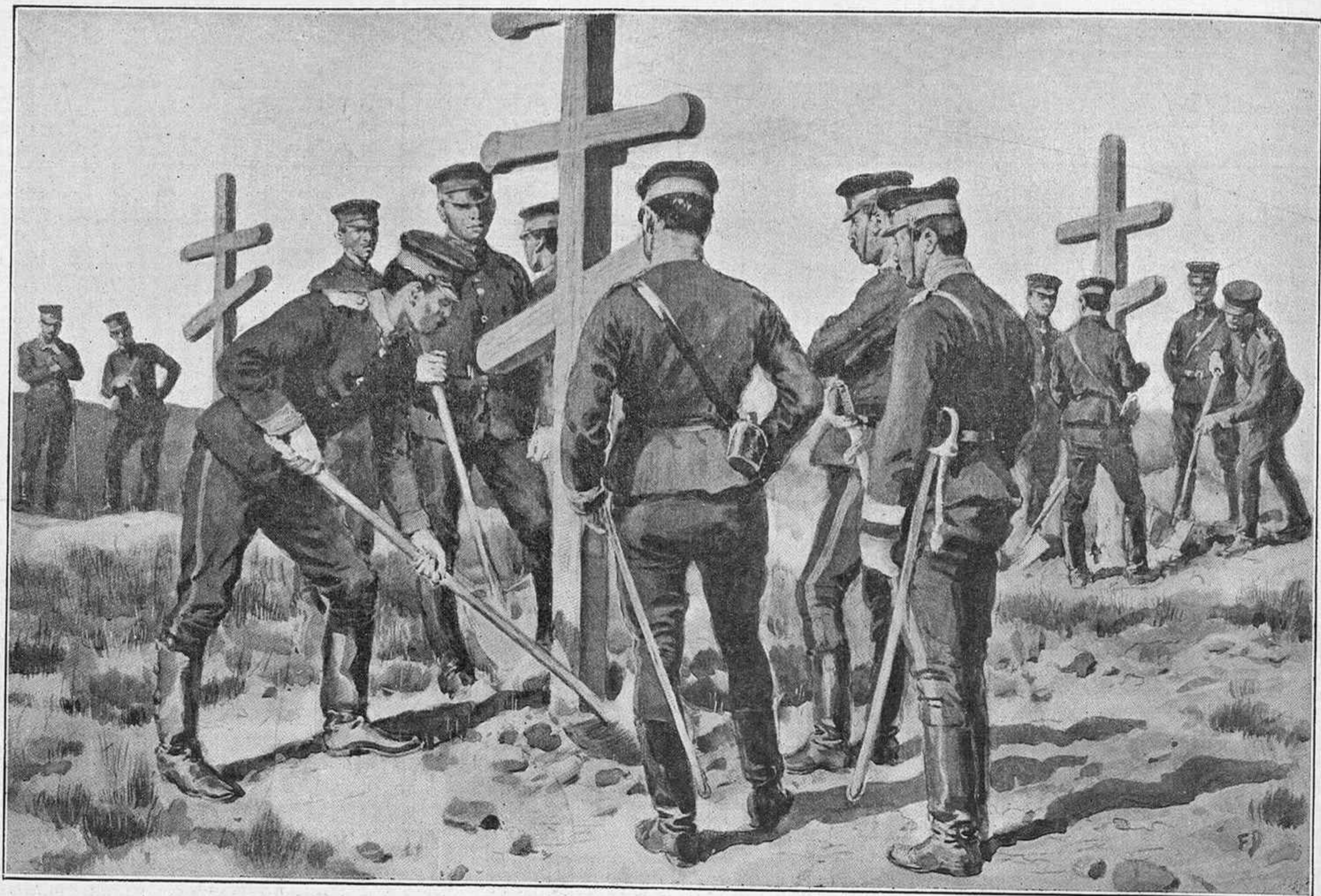
Por el lado de Mukden avanzan igualmente, aunque con mucha lentitud, los japoneses, cuyo propósito parece ser cortar la línea de comunicaciones rusas en el Norte, es decir, en las inmediaciones de aquella ciudad.

En resumen, la situación general de los beligerantes en la Manchuria ofrece la particularidad de que rusos y japoneses continúan consiguiendo lo que

mismo día, 16 torpederos japoneses intentaron un ataque; pero habiendo sido descubiertos por los proyectores eléctricos, los fuertes los cañonearon vigorosamente, haciendo fracasar su tentativa.

Posteriormente la escuadra del almirante Togo ha bombardeado Kuang-In-Chang, pueblo de la costa situado al Este de Puerto Arthur, habiendo sido el fuego de sus buques contestado por los fuertes de la plaza. El asalto de ésta parece que se ha aplazado para el mes de agosto, á consecuencia del retraso con que los japoneses reciben la gran artillería de sitio.

La división naval rusa de Vladivostok ha comenzado una nueva correría, pero no limitada como las anteriores al mar del Japón, sino dirigida al mar Pacífico, en donde ha penetrado por el estrecho de Tsugaru, que separa la isla de Nippón de la de Yeso. Sucesivamente se la ha visto delante de Hakodaté, en aguas de la provincia de Hitachi (región central de Nippón), al Sudoeste de Yokohama, enfrente de Katsuhura (punta meridional extrema de Nippón) y al Norte de la isla de Formosa. ¿Cuál es el objeto



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Soldados japoneses reparando las tumbas de los soldados rusos.

Dibujo de Frand Dadd, tomado de una fotografía.

Los japoneses han demostrado en esta guerra sus sentimientos humanitarios, no sólo prodigando á los heridos rusos los más solícitos cuidados, sino además dando sepultura á sus enemigos muertos en el campo de batalla.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Conducción de un prisionero ruso herido á las ambulancias japonesas.

Dibujo de F. S. Spence de un croquis del natural de Walter Kirton.

Con este sistema de conducción se evita lo más posible el traqueteo, pues los bambúes cortos de los cuales cuelgan las parihuelas hacen el efecto de resortes que amortiguan los movimientos bruscos. Los japoneses tratan con el mismo cuidado que á sus propios heridos á los heridos rusos.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El sitio de Puerto Arthur. Una batería rusa. (Dibujo de Koekkoek.)

de esta expedición de los tres cruceros? No se sabe á punto fijo; unos suponen que su propósito es hostilizar las costas orientales del Japón; otros, que van á proveerse de carbón, que tomarán de varios buques que les esperan en un punto previamente convenido; otros, que se proponen apresar algunos vapores norteamericanos salidos de San Francisco con material de guerra para el Japón; y no falta quien cree que lo que intentan es unirse con la escuadra de Puerto Arthur. Pero lo que sí se sabe positivamente es que ha echado á pique varias embarcaciones y apresado otras, contándose entre las primeras el *Knight-Commander*, vapor de 4.306 toneladas, procedente de Manila y antes de Nueva York, y entre los segundos el *Arabia*, vapor alemán de 4.438 toneladas. El *Knight-Commander* no obedeció la intimación que

armados. Estos barcos tendrán el carácter de verdaderos cruceros auxiliares, y como no habrán pasado los Dardanelos, nadie podrá negarles el derecho de visitar los buques neutrales y aun de capturarlos si transportan contrabando de guerra.

Escrita la presente crónica, el telégrafo nos trae la noticia de haber sido asesinado en San Petersburgo el ministro del Interior Sr. Plehve: dirigiase éste al palacio del emperador para despachar con el soberano, cuando al llegar cerca de la estación de Varsovia un individuo lanzó contra el carruaje una bomba que al estallar causó la muerte del ministro, del cochero y de varios transeuntes, heridas más ó menos graves á varias personas y daños en algunos edificios. El asesino fué detenido inmediatamente y según parece hallase también gravemente herido á consecuencia de la explosión del proyectil por él mismo lanzado. Este suceso, aunque directamente no ha de influir en el curso de la guerra, tiene grandísima importancia porque revela una situación alarmante en el Imperio, cuyos efectos pueden dejarse sentir de rechazo en el teatro de la lucha.—R.

Espectáculos. — *Barcelona.* — En el teatro de Novedades y ante una escogida concurrencia que llenaba todas las localidades, se celebró el día 24 la primera «Fiesta de la música catalana» instituida por el Orfeo Catalá. Abrió la sesión el presidente del Orfeo, Sr. Cabot, colocando un ramo de laurel junto al busto de Clavé, que estaba situado en el escenario, en pri-



Guzmán el Bueno, escultura de José Alcoverro

los buques rusos le hicieron hasta que éstos dispararon el cuarto cañonazo de aviso; los rusos dieron diez minutos de tiempo á la tripulación para trasladarse á los cruceros y echaron luego á pique el vapor que, según ellos, transportaba material de guerra para los japoneses. En cuanto al *Arabia* y á otro vapor inglés cuyo nombre no se conoce aún, fueron enviados á Vladivostok.

Estos incidentes vuelven á complicar la cuestión del apresamiento del *Malacca* y del registro de la correspondencia del *Prinz Heinrich* de que nos ocupábamos en la anterior crónica y que parecía en vías de resolverse amistosamente, devolviendo los rusos el *Malacca*, dando el gobierno ruso las debidas satisfacciones por lo pasado y enviando á la escuadra voluntaria nuevas órdenes para el porvenir en evitación de otros conflictos.

Los vapores alemanes vendidos á Rusia, *María Theresia*, *Columbia*, *Fürst Bismarck*, *Augusta Victoria* y *Belgia*, han salido de Libau completamente

Guzmán el Bueno, escultura de José Alcoverro. — La legendaria representación del heroico defensor de Tarifa ha servido de tema á los artistas españoles para producir obras tan recomendables cual la que reproducimos. El distinguido cuanto laborioso escultor Alcoverro ha rendido asimismo tributo al héroe, personificación de la lealtad, que encarna en cierto modo los elevados conceptos en que se inspira el patriotismo. La hermosa estatua de Guzmán el Bueno demuestra las aptitudes del artista y los nobles ideales en que se inspira.

El emperador Carlos I, busto en bronce de Pompeyo Leoni. — Interesante por más de un concepto es el busto en bronce del invicto emperador, que, obra del notable escultor Pompeyo Leoni, se conserva en el Museo Nacional de Madrid, ejecutada en el siglo XVI, á raíz del fallecimiento del César, reproduce los rasgos fisonómicos del monarca, cuyo nombre lleva consigo recuerdos de grandeza y significa un período de florecimiento para el arte patrio. La obra á que nos referimos es digna compañera de las que del mismo artista figuran en el Escorial y merecedora de conservarse en un Museo. De ella poseemos una notable reproducción en el Museo Municipal de esta ciudad, ejecutada por el procedimiento llamado de cera fundida por los señores Masriera y Campins, quienes tanto han contribuido para el florecimiento de la fundición artística en Barcelona.

Una aficionada, cuadro de Gustavo Bacarissas. — Digna pareja de otro lienzo importante que nos cupo la suerte de dar á conocer á nuestros lectores, *El Corso de noche*, premiado en una de las Exposiciones de Bellas Artes celebradas en esta ciudad, es el lienzo titulado *Una aficionada*. En uno y otro atestiguan el Sr. Bacarissas su habilidad y maestría en obtener maravillosos efectos de luz, para producir notas admirables, recurriendo á asuntos y temas de la vida moderna, sin acudir á rebuscamientos, que restarían el valor artístico de la obra. Así debió apreciarlo el Jurado de la Exposición de Venecia, puesto que distinguió al artista con merecida recompensa.



Una aficionada, cuadro de Gustavo Bacarissas, premiado en la Exposición de Venecia

NUESTROS GRABADOS

Concierto íntimo, cuadro de Alfredo R. Kemplen. — No todos los pintores modernos se sienten atraídos por lo que pudiéramos llamar problemas de actualidad, ni siquiera por las escenas de la vida ordinaria que todos los días ante sus ojos se desarrollan; algunos hay, y no pocos ciertamente, que, volviendo la vista al pasado, se complacen en reproducir personajes y episodios de tiempos que fueron, unos inspirándose en los grandes hechos de la historia, otros buscando más modestos, pero no menos interesantes asuntos en las pintorescas costumbres y en el modo de ser de nuestros antepasados. Los cuadros ajustados á esta tendencia no suelen ser de aquellos cuya contemplación deja el ánimo suspenso; pero por lo general, cuando son debidos á pintores de verdadero talento, ofrecen un encanto particular que constituye apacible deleite de los sentidos. Véase en prueba de ello el lienzo de Kemplen: colocado en una exposición ó en un museo no llamaría seguramente la atención del visitante como esas otras obras que desde el primer momento se imponen á los impresionables por la originalidad ó valentía de su asunto ó por constituir una nota de color que se destaca sobre las demás pinturas que la rodean; pero cuando los ojos del observador atento se posaran en ella, de fijo experimentaría éste una sensación agradable y placida, que no deja de ser una de las formas en que se manifiesta la admiración hacia una creación artística.

mer término; á continuación, el maestro Sr. Pedrell, presidente del Jurado, pronunció un hermoso discurso sobre la polifonía y la música popular y sobre la obra meritoria del Orfeo, á la que dedicó entusiastas elogios; y por último, el Sr. Millet leyó un bellissimo trabajo explicando los móviles del certamen y la significación y trascendencia de la fiesta que se estaba celebrando, y dando cuenta de las composiciones presentadas y del fallo del Jurado.

Obtuvo la flor natural la *Cançó dels segadors*, de D. José Sancho Marraco, quien eligió reina de la fiesta á la Srta. D.^a Francisca Margarit. Los demás premios fueron concedidos á los señores D. Domingo Más y Serracant por un coro mixto, composición religiosa; D. Joaquín Grant por una colección de melodías; D. Joaquín Pecamins por una colección de canciones populares; D. José Serra por una sardana; D. Federico Alfonso por la canción *Els estudiants de Tolosa*, armonizada á seis voces; y D. José Sancho Marraco por otra canción, también armonizada á seis voces, *Montanyas regaladas*. Obtuvieron accésit D. Francisco Araso, D. José Cogul, Pbro., y D. Francisco Montserrat, y menciones honoríficas D. Federico Alfonso y D. Francisco Pujols por dos colecciones de melodías originales.

Las composiciones premiadas fueron ejecutadas por el Orfeo Catalá y por varios solistas, mereciendo todas entusiastas aplausos.

Un elocuente discurso de gracias del Sr. Cabot puso fin á tan simpática fiesta, que ha iniciado para la música catalana la trascendental y meritísima obra que con tan excelentes frutos vienen realizando para la literatura de Cataluña los Juegos Florales.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B^o Italiens, Paris.

AJEDREZ

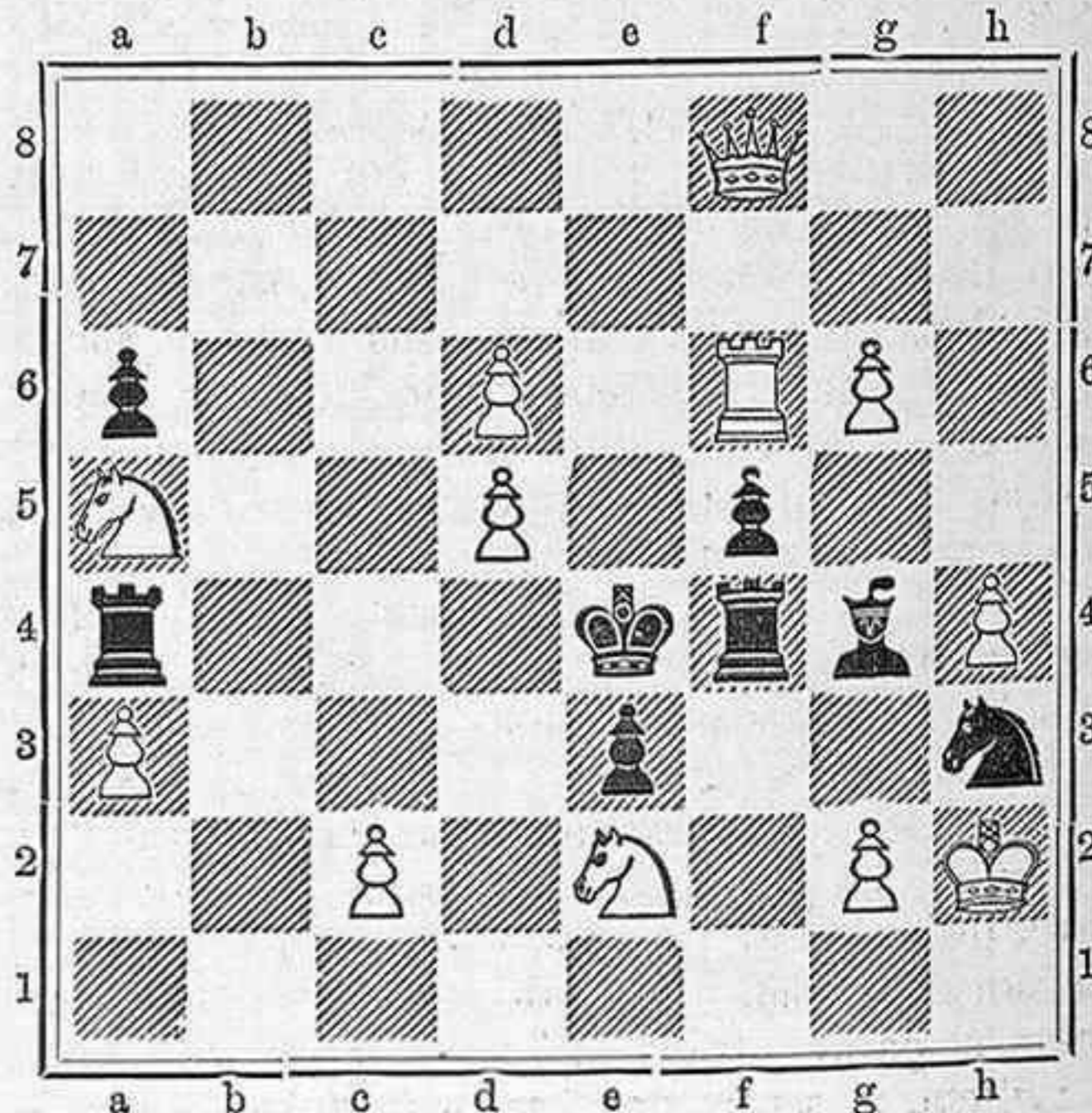
CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Se han recibido las composiciones siguientes:

ENVÍO N.º 1. — LEMA: «¡Oh, las matemáticas!» — BLANCAS: Rb1, De4, Th3, Ad1, Cd2, Ph5 (6 piezas). NEGRAS: Rd7, Th8, Af8, Pc7, d6 y h6 (6 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

ENVÍO N.º 2. — LEMA: «Hiemi.»

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (12 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

(Se continuará)

MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

«¡Ah, cuando la entere y se dé cuenta de todo! ¡Aún me dura á mi el efecto de la confidencia de aquellos dos truhanes de la ferretería!..»

«Dime las horas de entrada y salida del pájaro italiano: es preciso y conveniente, por mil razones, que yo no me tropiece con él; ante todo, hay que evitar más historias, y yo no quiero voces ni disputas: cumplido mi penoso deber, que se arregle Jerónima como mejor le parezca... Sea este arreglo bueno ó malo, no creo equivocarme al asegurar que el italiano tendrá forzosa-mente que levantar el campo; porque Jerónima será maniática, y en este desdichado asunto habrá demostrado poco juicio y ni sentido común si quieres, pero es de rectas intenciones, y aunque hayas tú visto cosas que parecen reñidas con la decencia, debes disculparla: alguna razón oculta las justificaría, que ella no podía confiarte. Jerónima es honrada, á despecho de las apariencias, y debes amarla y respetarla, Leoncita, cré-melo á mí, á tu viejo primo, que, casi casi, es tu padre. Yo también la he acusado y juzgado mal; ahora la compadezco y no la reprocho sino su inexcusable debilidad. ¡Desgraciada Jerónima!

«Pronto, pues, saldrás de la cárcel en que te encerró tu ofendida dignidad, y de la que no te he sacado antes, ya sabes... por eso.

«Dos noticias para concluir: que tu ex Jorgito vino á verme el domingo, no sé con qué pretexto, y castigó su audacia mandán-dole á paseo después de cruzarle la cara con esta frase: «Celebro muchísimo el rompi-miento, y crea usted que me ha proporcio-nado la más grande y franca alegría, porque un tipejo de su calaña, no se merecía la joya de nuestra Leona...» Y es la verdad, hija, ¡qué alegría, qué regocijo inmenso! Para ha-raganes en casa, que todo lo esperan del Estado, basta y sobra conmigo. Soy modes-to y lo confieso. La otra noticia es esta: que según carta de Catamarca, fecha del sábado, está Socorro en las últimas... Todavía hay justicia, Leoncita...»

Atolondrada quedó Pantaleona de las in-coherencias y tapujos de la carta de Monreal, y cuanto más la releía, menos sentido la des-entrañaba: ¿qué descubrimiento sería ese de la ferretería? La honradez de misia Jeromita y las cosas vistas *reñidas con la decencia*, no pegaban, á la verdad, ni con cola... Estos y todos los párrafos de la carta misteriosa, enhebrados sin lógica, la confun-dieron penosamente. Mientras volcaban las nubes sus cantaradas de agua, estremeciendo la puerta el viento, se afanaba por descifrar la joven el enigma de Monreal... Estaba muy flaca; los disgustos y el encierro habían apagado sus hermosos colores y acentuado sus ojeras azuladas; envuelta en un man-tón de lana, recogida en la butaca, tiritaba de frío, bajo la llamita del gas, único fuego que las preocu-paciones y la costumbre consentían en la alcoba.

De pronto, ayudado por Aurora, que traía el ser-vicio, abrió el aire la puerta con grosería, intentó apagar la luz, dió un beso helado á Pantaleona, alborotó sus rizos y le arrebató la carta, que volando, se elevó hasta el techo y abatió sus blancas alas sobre el pico del gas, pereciendo abrasada con todos sus misterios... Gritó la mulata, y Pantaleona corrió á arrojar fuera al intruso, que continuó dando topeta-zos contra la puerta cerrada.

—¿Ha oído usted, niña?, dijo Aurora temerosa-mente. El trueno ha reventado en el dormitorio de la señora... ¿Oye usted? Es con el señor.

Se escuchaba, en efecto, el rumor de disputa; pe-ro la joven, que no soltaba á la espía palabra utiliza-ble para sus tenebrosos mensajes, se limitó á alige-rarla del servicio, poniendo sobre un velador el plato de sopa, el filete, el asado, el postre, la botella de vino, el pan... Quitó luego el anillo de hueso á la servilleta, y, sentándose, la puso debajo de su barbi-lla. Comprendió Aurora que no estaba el ama para conversaciones, y se largó á la cocina, refunfuñando.

Pantaleona sumergió la cuchara en el plato de so-pa, con evidente desgana. ¡Sí, disputaban! La voz de

misia Jeromita traspasaba los tabiques, y, dominando á la tormenta, llenaba la casa como clarín de guerra: largos parlamentos sostenidos en el mismo tono agu-do, que apenas terminaban, sin dar tiempo á la répli-ca, empezaban de nuevo forzando el diapason; entre uno y otro, apenas lograba la vocecilla de Fortunato intercalar una piada tímida, que súbitamente sofoca-



Misia Jeromita dormía

ba la señora. Mas ni una sola frase que diera idea del motivo del alboroto podía atraparse; y Pantaleona, asustada, abandonó la cuchara en el plato, renovándose la lucha interna que en dos meses de cavi-laciones la había extenuado: ¿quién era aquel hom-bre? ¿Cómo debía juzgar lo que veía y lo que oía? Monreal, el bondadoso primo, apartado de la casa por la misma razón que á ella, falta de mejor recur-so, la confinó en el fondo de su alcoba, acababa de proclamar la honradez y buena intención de misia Jeromita... ¡Extraño misterio! El filete se enfriaba, cuajándose la olorosa salsa en que aparecía bañado, y la joven, empuñados tenedor y cuchillo, se distraía con el bullicio de la contienda doméstica.

Sonó un portazo, y por la vereda de ladrillo, bajo la lluvia, pasó Fortunato de prisa; y á poco, en el comedor, el arrastrar de sillas y repiquetear de cu-biertos anunciaron á Pantaleona que el enemigo se apercibía á comer filosóficamente. ¿Sólo? ¡Ah! Por desgracia, el tapón de papel que cerraba el ojo de la llave, tan lindamente descubierto á horquillazos, ha-bía sido reemplazado por duro yeso, imposible de desalojar... Pero ahora incitaba muy poco la curiosi-dad á Pantaleona, preocupada con el anunciado des-enlace de una situación ya tan grave, que cuanto ocurrir pudiera serviría para el estallido de la mina. A pesar de los dos meses de desesperada resistencia que había llevado con fatiga, amenazada, sitiada, be-fada de mil maneras, herida en sus amores inocentes y en su felicidad, comprometidas su salud y su bu-ena fama, estaba dispuesta á perdonar á la hermana, á disculparla también, á creer que todo lo sucedido, por singular (no quería calificarlo con término más apropiado), por singular que la pareciese, fué pesadi-lla suya y caprichosa fantasía: es decir, que allí no había pasado nada, según lo insinuaba Monreal en

la carta enigmática; y aunque esto la costara muchos reparos y el sacrificio de su dignidad, de buen grado lo acataría siempre que el extranjero, cuyos esfuerzos por congraciarse con ella en la dolorosa temporada rechazó desdeñosamente, saliera de la casa.

Solo comía, sin duda, porque no se escuchaba más voz que la suya. Y al cabo sintió que se retiraba á su cuarto, tarareando una de esas cancion-citas pegadizas de su repertorio, que la al-teraban los nervios; luego, nada más que el ruido del fregoteo de Aurora en la cocina y los azotes de la lluvia en las paredes.

A las nueve vino Aurora á recoger el ser-vicio y anunció «que la señora no había co-mido, del disgusto, pero que el señor se puso á reventar, como si tal cosa.» La des-pidió Pantaleona, y junto al cristal quedó mirando al embalsado jardincito, cómo do-blegaba el viento á los raquíuticos arbustos, chapuzándoles en el lodo á su sabor, arran-cándoles las hojas y maltratándoles cobar-demente, y cómo se erguían ellos de nuevo y hacían frente al adversario, que otra vez les tumbaba para que volvieran á endere-zarse, valiéndoles de escudo su insolente debilidad; el molino de Blüten daba volte-retas rapidísimas, con lúgubre trepidar de su elevada armadura, y los giros de sus as-pas blancas y rojas, en la obscuridad, fingían un ojo inmenso de algún gigantón colocado allí de centinela. El agua caía en gruesos chorros, abundantísima, con la rabia y la violencia de una catarata desbordada; en la calle formaba arroyo tumultuoso, anega-ba el jardín y amenazaba inundar la habita-ción... A poco, resbalando en el umbral, se deslizó mansamente por las juntas bajas de la puerta, y la joven acudió con paños para contenerla, retorcidos y apretados de suerte que formaran dique; al mismo tiempo, y mientras en la puerta se atajaba la in-vasión, por el techo, revestido de simple lien-zo blanqueado, se colaba también el agua, que en tres puntos á la vez comenzó á de-jar caer goteras copiosas; aquí fué el correr de Pantaleona, con cubos y otros recipientes, ó ya apartando muebles y enjugando la alfombra, porque, mojado el dique de trapo, los delgados arroyuelos la calaban lastimo-

samente y se extendían á capricho: reforzó la valla primera, y con mil fatigas logró arrastrar hasta el centro de la habitación la pesada cama de bronce, cuyo inundado baldaquín dió en gotear sobre la colcha de seda. Más llovía dentro que en una mala tienda de campaña; de los bordes del cielo raso caían las chorreras libremente, y el lienzo quedó al cabo tan preñado de líquido, que la reclusa pensó si se le desplomaría encima; había sacado las estampas de las paredes y cuantas bonitas chucherías las decoraban, vuelto las cortinas y los extremos de la alfombra, haciendo el menor ruido posible entre la acompañada música de los cántaros.

Sofocada, se sentó en el lecho, único sitio donde no podía humedecerse los pies, y miró con descon-suelo la revuelta alcoba, sobre todo aquella amenaza-dora hinchazón de arriba, ubre repleta que el propio peso haría desgarrar y expondría al naufragio el arca de su salvación... ¡Valiente noche! Así la pasaría, vi-gilante, bien despabilada, envuelta en el mantoncito protector, antes que pedir asilo á la hermana Jeróni-ma. Afortunadamente, la fuerza de la lluvia mengua-ba por grados y el temeroso desenfreno de la tor-menta; en cambio, otros rumores se percibieron, gri-tos confusos de animales, angustioso mayar de gatos y alertas del gallo con aleteos de susto en el corral. ¿Qué sería?

Pantaleona se calzó unos zuecos enormes, que la servían para andar por la huerta, se ciñó á las pier-nas la falda, se echó el mantón á la cabeza, encendió una linternita, cogió un paraguas y salió valientemen-te... Eran las diez: contándolas estaba el reloj del co-medor, y aunque no llovía tanto, la joven hubo de marchar con precaución chapoteando el agua del jardín, convertido en lago; sin duda, todas las habi-taciones expuestas á la inclemencia, sin tejadillo de

protección ó galería, debieron ser también inundadas: al menos, la cocina, donde Aurora olvidara un cabo encendido, aparecía con el agua al nivel del fogón y flotando cacerolas, sartenes, y la fresquera como barca pronta á zozobrar. El patio interior era río, que no pudiendo desaguar por el atascado albañal, todo lo cubría y arrastraba; y aquel mayar de los gatos tenía por causa deplorable el que *Patitas Blancas* y *Barcino*, expulsados de la cocina, se habían refugiado en una rama de la higuera, donde no se hallaban á su gusto, mezclando sus quejas á las protestas de la muchedumbre gallinácea, hasta cuyas estacas llegaba la inundación. A la luz de la linterna vió Pantaleona los estragos del temporal: las hortalizas destrozadas, ahogados algunos conejos, que la corriente se llevaba, entre otros objetos, con un cajón en el cual una clueca y sus polluelos náufragos imploraban auxilio con toda la fuerza de sus picos aterrados.

¡Ah! No á humo de pajas dieron *Barcino* y el rey del gallinero sus voces de alarma. Costó á la compasiva muchacha Dios y ayuda el difícil salvataje: abandonado el paraguas, que la servía más de estorbo que de defensa, colocó un grueso madero entre la higuera y el sotechado del corral, á modo de puente, que los mininos apresuráronse á cruzar, tieso el rabo y espeluznados del susto, yendo á refugiarse en seguro recoveco; abrió luego Pantaleona la puertecilla del gallinero, porque las aguas tuvieran más ancha salida y las mismas aves en caso de peligro, y con un garfio de hierro pescó la cesta de aquellos nuevos Moisés, muchos de los cuales, empapado el amarillo plumón y ateridos, estaban á punto de fenecer miserablemente. No se mostró la faraónica princesa más tierna y conmovida en paso semejante, que Pantaleona al recoger y dar calor en su seno á los inocentes bichos, enjugándolos con cuidado, oreándolos con su aliento, mientras la clueca, debajo del delantal, roncaba, desconfiada...

A todo esto, el siniestro concierto de la tempestad y un frío intenso reinaban en el contorno; ni la misma Aurora, cuya habitación daba á la huerta, había sentido nada que pudiera enterarla de las proezas de la valerosa niña. Ni Aurora ni nadie..., es decir, ¿nadie? Cuando Pantaleona volvía camino de su alcoba, la luz del cuarto de Fortunato se apagó de pronto y giró el picaporte. Apenas tuvo ella tiempo de esconder la linterna y pegarse al muro. Sigilosamente salió Fortunato, avanzó por la vereda de ladrillo, tanteando las paredes para guiarse, avanzó un poco, avanzó más... ¿Adónde iba? ¿A la calle? Misia Jeromita guardaba la llave, y de la casa no podía salir sin su permiso. ¡A la calle, á tales horas! Echóse á temblar Pantaleona, no sabía si de emoción ó de frío. Entre tanto, Fortunato había llegado á la puerta de misia Jeromita, la empujaba, daba en ella discreto repique de nudillos.

La angustia y el asombro de Pantaleona subieron de punto. ¡Qué audacia! El infame... Seguramente la hermana no le abriría, no le abriría... Y misia Jeromita le abrió, con sigilo igual al suyo; cerróse la puerta y reinó de nuevo el silencio.

—¡Dios mío!, murmuró Pantaleona estupefacta, ¿estaré yo soñando? Y si es cierto lo que acabó de ver, ¿debo seguir creyendo, como lo ha dispuesto Nepomuceno, en la virtud de Jerónima?

Se refugió en su alcoba, acomodó á sus protegidos en sitio apropiado y caliente, se quitó los zuecos, se mudó de falda... ¡Porque pensar en dormir, revuelto todo como estaba y convertida en un avispero su cabeza! Con el gesto fruncido, echada á medias sobre el lecho, rumiaba aquello, el descubrimiento suyo, más importante, sin duda, y sorprendente que el de D. Nepomuceno. ¡Ay! El primo, de puro bueno era tonto de capirote. ¿Qué vuelta de hoja tenía el hecho de la introducción clandestina del extranjero en el cuarto de misia Jeromita á altas horas de la noche? A ver, que lo explicara el primo, que intentara disculparlo siquiera. Pretendían hacerla pasar por boba, hacerla comulgar con ruedas de molino. Y la culpa era de su débil pasividad, de su protesta silenciosa, de su reclusión voluntaria, estrategia verdaderamente infantil; bien que se habían burlado de ella. ¡Pues no! ¡Cambiaría de táctica, pondría por obra el primer disparate que se la ocurriera: ella no aguantaba aquello, no lo aguantaba!

Desgraciadamente, la ausencia de Sebastiana la privaba de un auxiliar importante; con Aurora no tenía confianza y podía venderla. Su cabecita empezó á forjar planes, muchos planes, tan desatinados los unos como los otros; cuando alguno se le venía á tierra, convencida ella misma de su inconsistencia, se mordía de ira los labios y apretaba sus menudos puños... Porque no quería aguantar más aquella abominación de la hermana; todo lo que el primo dispusiera, menos eso; y en último caso se marcharía con lo puesto, le hablaría claro á D. Nepomuceno, y ayudada de él,

ó sin su ayuda, se metería en un convento: sería Hermana de la Caridad; ¿qué mejor solución?

En esto le pareció que la disputa de la tarde se renovaba en el cuarto de misia Jeromita, pero sostenida por la voz de Fortunato, la que engrosaba el enojo de tal modo, que semejaba otra que la suya; y si Pantaleona no le ve entrar, dudara quién gritaba así, con imperio tal y descomedida soberbia. No debía responder la señora cosa alguna, ó respondía con mansedumbre tan singular como la insolencia del florentino; y de pronto arreciaron los gritos, hubo carreras, abertura violenta de muebles y golpes de los mismos al ser volteados, síntomas de lucha, que asustaron á Pantaleona; escurrióse del lecho y pegó el oído á la puerta.

Esta puerta daba á lo que ellas llamaban el *costurero*, y serviales de salita de confianza y de labor; la alcoba de misia Jeromita era la pieza siguiente. Como el tumulto aumentara, Pantaleona decidióse á entrar en el costurero, y no acabó de entrar, cuando la herida voz de la hermana se elevó clamando socorro.

Como una fiera entonces, se abalanzó Pantaleona á la alcoba y cayó sobre Fortunato, á cuyos pies yacía la maltratada señora... Empuñaba el ángel malo, en la cobarde diestra, un rollo inofensivo de papeles, con que amenazaba castigar, ó había castigado ya, la resistencia á sus abominables maquinaciones, y le desfiguraba la cólera sobre toda ponderación, mostrando el lugar de la escena señales de grande y desahogado combate: por el suelo, revuelta multitud de prendas y objetos que antes guardaba el armario y una mano rabiosa había esparcido; el velador y dos butacas patas arriba; destripada la cartera y no pocas figurillas de porcelana en mil trizas, sobre el charco que la general inundación formara en mitad de aquel campo doméstico de Agramante.

Cayó, pues, Pantaleona sobre el enemigo, y le golpeó con ambas manos, abofeteándole muy á su gusto; le cogió luego por el cuello, y á empellones, que Fortunato no resistía, sin duda humillado de la pujanza criolla representada en aquel momento por tan valiente amazona, le arrojó fuera con violencia, derribándole de espaldas en el fangoso jardín. Echó seguidamente la llave, y acudió á levantar á la hermana, que no abría los ojos de dolor ó de vergüenza: la palpó ansiosa, de miedo de que el bárbaro la hubiese herido, y se tiñó los dedos en la sangre que le manaba de la frente, partida por el golpetazo, y la lavó, la vendó, la condujo hasta la cama, estimulándola afectuosamente, olvidada de los agravios y de las diferencias que las desunían.

No podía hablar misia Jeromita, y lloraba en silencio, teniendo entre las suyas la mano de Pantaleona; el cariño, si enfriado jamás extinguido, la gratitud del auxilio oportuno, la sed de una explicación necesaria, de una disculpa que la devolviera algo del perdido aprecio, la hicieron incorporarse al cabo de muchos esfuerzos, y pronunciar con trabajo estas solas palabras:

—Leona, hija..., ¡es mi marido!

—¡Tu marido!, repitió Pantaleona.

Como velo negro que se rasga de súbito y descubre no sospechados horizontes, todos los misterios de aquellos dos meses, cuanto alarmó á la moral y fué piedra de escándalo y causa de ya irremediables sucesos, quedaba cumplidamente explicado; hasta la carta del primo Monreal en todas sus reconditeces y obscuridades, aparecía iluminada por la revelación... ¡Su marido! Pero ¿por qué le ocultó entonces?, ¿por qué semejante tapujo con ella, su hermana, provocándola á pensar mal, á dudar?... Estas preguntas se las dijo al oído, alegre de ver borrada la mancha que en el honor de los Pérez Orza creyó ella había estampado misia Jeromita, y tan desmayada estaba la hermana, que no habló más en buen rato, mientras Pantaleona se consumía en estériles preguntas:

—¿Por qué?, ¿acaso era algún pecado? Pues peor me parece haberlo ocultado de esta manera.

—¿Por qué?, suspiró la dama infeliz... ¡La pensión! Acuérdate de que sólo tengo derecho á ella permaneciendo soltera: si mi casamiento se divulgaba, nos quedábamos sin pensión, que es lo mismo que quedarnos sin pan. ¡Una indiscreción tuya bastaba!... ¡Mejor fuera no haber caído, sí, y bien castigada estoy!... ¿Has cerrado, Leona? ¡Que no vuelva ese hombre!

—¡No volverá!, aseguró la joven, fulgurándole los ojos.

—Quería hacerme firmar la hipoteca de la casa, y yo me negué, ¿cómo había de firmarla? Era perderla para ti; arrebatarle lo poco, lo único que he de dejarte á mi muerte. Antes me mata, que consentir yo... ¡Y me mata, Leona, me mata, si no llegas á tiempo!

Se agitaba mucho con el recuerdo de la horrible escena, sin despegarse de la mano de Pantaleona, á quien, entre suspiros y ayes, pedía perdón de los

malos ratos y del pésimo ejemplo que la había dado. ¡Ah! Su destino la tenía condenada á parecer lo que no era, prendida en revuelta madeja, que, si el mismo diablo la enmarañara, no lo fuera tanto ni más difícil de desenredar; con virtuosos principios, con intenciones excelentes, hubo siempre de extraviarse en descarriados senderos: mujer de ley, la violaba, contrabandista por necesidad... Nunca deseó una cosa, que, para alcanzarla, no tuviera que acudir á otros medios que los legítimos, puestos á la disposición de todos los demás. Eran sus compañeros de camino el engaño y la mentira, y aunque ella tirara hacia el buen lado, empujábanla ellos hacia el malo. ¡Fatalidad cruel, ó debilidad de ánimo; blandura de corazón excesiva, ó falta de tino para brujulear en la vida!

Apenada, la rogó Pantaleona que se callase.

—Estás disparatando, Jerónima. ¿Qué crímenes son los tuyos? Cualquiera diría que el fardo te oprime la conciencia...

No había de aprobar ella su matrimonio entre gallos y media noche; al contrario, lo reprochaba con todas sus fuerzas, y de haberlo podido impedir, lo impide. ¡Miren ustedes que la elección! ¡Un hombre que pasaría muy bien por su hijo! No volvía del pasmo que lo que acababa de confesarle la produjo. ¡Su marido!... Pero no era ese tan gran delito, que justificara cuanto decía... ¡Pobre Jerónima! Nada que perdonarla tenía. De Jorgito, ¿quién se acordaba ya? Era un mal caballero, y valía más conocerlo antes que después. Lo que había que pensar ahora era en volver por el buen nombre. ¿Cómo se arreglaba lo hecho, si no podía declararse la verdad? ¿Qué conducta seguir con ese Sr. Lucca, en vista de su decente comportamiento de esta noche? Había que meditarlo bien. Que contara con ella; lo pasado, pasado. Ella era la misma de siempre, su Leona invariable, que si dudó de ella, hoy la devolvía su afecto, convencida de que era una excelente hermana..., aunque un poquito débil y caprichosa también; pero ¿quién es perfecto en el mundo, verdad?

—¡Ay, Leona!, exclamó sollozando misia Jeromita, ven acá, bésame. ¡Cómo me consuela el oírte!, y sin embargo, no sabes, no sabes... ¡Tu nobleza es mi mayor castigo! Dices bien: hay que meditar. ¿Cómo desenredamos esta horrible madeja? ¡Leona, es preciso prevenir á Nepomuceno; que venga Nepomuceno!

—¡Sí, sí; que venga mañana mismo!

—Mañana mismo. Vas tú y le traes. Nada de caritas, que se pierden ó las roban.

—Pues Nepomuceno ya está enterado, y mañana viene; pero, de todas maneras, iré yo á buscarle.

—¿Enterado de qué?

—De tu casamiento..., supongo; porque hoy me ha escrito avisándome que en la ferretería de Barbarossa ha descubierto algo tan extraordinario, que cuando lo supieras te pondrías furiosa, algo que resolvería el conflicto en que estamos y apresuraría la marcha del otro..., del Sr. Lucca.

—En la ferretería... Un descubrimiento que apresurará su marcha...

Muy pálida, repitió la señora dos ó tres veces estas palabras. La sospecha, que no lograron desvanecer sino á medias las marrullerías florentinas, en la explicación tormentosa que precedió de algunas horas á la vía de hecho, resurgía en su espíritu como si el mismo doctor Barbado la despertase nuevamente. Porque, en realidad, Fortunato contestó á los cargos con excusas y *cuerpeadas* (que así llamaba ella al escurrir del bulto), y nada concreto sacó en limpio del interrogatorio, nada, nada... Creció la sospecha horrible, y como negro fantasma se interpuso entre ella y Pantaleona, grande, gigantesco; creció, creció, hasta ocupar la habitación entera... Era capaz, muy capaz: ¡si había querido matarla! ¿Qué extraño fuera que falsificara la partida?

—Que venga Nepomuceno, ¿eh?, mañana... El nos explicará qué es eso de la ferretería... ¡No comprendo, no comprendo!

Tampoco lo comprendía Pantaleona, ahora menos que antes, y vióse de nuevo rodeada de tinieblas, apenas el recuerdo de las palabras del primo trajo el del suceso cuyo descubrimiento fortuito sería motivo para que abandonara la casa el toscano. Esposo de su hermana, ¿quién podía arrojarle de ella? ¿Conocía Monreal esta calidad de esposo? ¿Mentía la hermana al atribuírsela?... Se abatió Pantaleona en una silla, al pie del lecho, y misia Jeromita, que no la sentía junto á sí, la llamó con lastimera insistencia.

—¡No te vayas, Leona! ¡No me desampares!

—Aquí estoy, contestó ella, estoy recogiendo y ordenando todo; ¿sabes cómo ha puesto el cuarto tu Sr. Lucca? Mira que entre él y la inundación...

En efecto, por distraer su imaginación y evitarla el suplicio de nuevas cavilaciones, se entregó á la

siempre para ella grata faena del mangoneo doméstico, y en un decir amén borró las señales de la batalla en que fué desairado protagonista el pícaro flotante; hecho lo cual, se sentó en la misma silla, reutino; hecho lo cual, se sentó en la misma silla, después de examinar la descalabrada de misia Jeromita y dictaminar, con perfecto aplomo, que tenía para dos días de árnica, sin ulteriores consecuencias... La señora la mandó que se acercara más, porque en estando ella á su lado veía todo más claro, como si fuera luz maravillosa...

—Si no lo haces, creeré que no me has perdonado mi mala conducta; sí, Leoncita, soy una vieja loca, digna de que me encierren en un manicomio: en esto vendré á parar. Tengo la cabeza hecha tarumba. Se me ocurren disparates, distingó muchos fantasmas... El golpe no lo he sentido en la frente, sino en el alma, en el alma. ¿Con qué me pegó? Me parece que con un palo: he visto un arma en su mano, una daga ó un puñal, no sé. Todo, porque pretendía quitarme la casa, esta casa que yo guardo para ti, Leoncita. ¡Ah, eso no! Jerónima Pérez Orza habrá perdido la chaveta, pero ¡no tanto que no le quede una ráfaga para defender los intereses de su hermana, de su..., de su hija! ¡Leona, Leona, porque tú eres como si lo fueras: yo te he criado, yo te he educado, yo te he querido... como una hija, como una hija! Acércate, ¡no te veo! ¿Estaré yo ciega? Pero no me mires; tengo vergüenza de ti, del escándalo que he dado... ¿Qué habrás pensado de esta vieja! Peor de lo que mi debilidad merece. Porque, óyeme, entiéndelo bien: yo soy una víctima de las apariencias; las apariencias, que han influido en mi destino y gobernado toda mi vida... En esta casa todo es mentira y todo es verdad. Que venga Nepomuceno: él lo sabe, él lo ha descubierto... Al otro se le obligará á confesar; pero, cierra bien, que no vuelva...

Le acometió luego grande desvarío, en que mezclaba nombres y sucesos, conocidos unos, y otros desconocidos para Pantaleona, retazos de la nebulosa historia de su pasado: Catamarca, D. Tadeo, don Jesús y Socorrito..., asociados á Barbarossa, á Nero y al padre Anselmo, vibrando sobre todos el de Fortunato, el ángel malo que la había partido el corazón de un solo golpe de su tajante espada. Asustóse la joven de oír la desatinar así, y no se atrevía á llamar, de miedo que el otro, el enemigo, se colara, pues debía de estar acechando en el jardín la ocasión de vengar su humillante derrota; y voltejaba ansiosamente, buscando la tila, el azahar, el agua de Colonia...

Sus pasos estremecían á misia Jeromita, que clamaba:

—Leona, hija, ¿quién es?, ¿vuelve?, échale, échale... ¿O es el padre Anselmo? Que entre, quiero preguntarle una cosa... No le reconozco: trae la misma cara de aquel de casa de Nero, el de la risita...

Nada de lo que buscaba había en la alcoba, y Pantaleona decidió valientemente ir al comedor, donde pensaba encontraría el azahar en algún rincón del chinero; fué sin luz, á tientas, pero no bien llegó á su alcoba, la condenada puerta le recordó que era preciso salir al jardín para entrar en el comedor, y se volvió desolada: ¿llamaría á Aurora? Por fortuna, misia Jeromita se adormecía, presa de la fiebre, y á poco cesó el incoherente balbuceo.

Pantaleona se acurrucó en la silla, después de reducir la lengüeta del gas y dejar la habitación sumida en la penumbra propia de enfermos y meditabundos. Eran tan varias las emociones sufridas, que ella también se sentía febril, inquieta, llena la cabeza de pavorosos fantasmas; perdida en el laberinto de sus reflexiones, cuanto creyó iluminado por la revelación de la hermana, más obscuro lo veía ahora, más obscuro, como si el telón hubiera caído de nuevo... Miraba á las ventanas deseosa de que apareciera la nueva luz, y ahuyentara el alba la sombra de sus temores y de sus angustias; ¿faltaría mucho aún? El reloj del comedor no se oía: sólo se oía el bramar del viento, la voz potente del pampero, que limpiaba de nubes el cielo para que ella pudiera hacer su visita al primo Monreal sin mojarse los piecitos, y estuviera encendida la gran luminaria en celebración del fin de su cautiverio.

Debía faltar mucho aún. Y se desesperaba, porque el nuevo día traería la resolución de todos los problemas, rompecabezas en que se estrellaba la lógica. D. Nepomuceno se le figuraba con una grande linterna alumbrando las profundidades del pozo donde, revueltos y enzarzados, hallábanse los Pérez Orza de la catamarqueña familia y el injerto florentino... Misia Jeromita dormía. Tierra conmisericordia se apoderó de Pantaleona al contemplarla así, aplanada, bajo su salvaguardia y cuidado, á la que en horas de rebeldía deseaba males mayores para castigo de su culpa y de los que ésta la había acarreado injustamente; flaqueza y egoísmo de que se acusaba ahora,

al retoñar de aquel cariño que ella no sabía cómo llamar, cariño filial, sin duda, y de ahí la mezcla de celos y el odio contra el toscano. Era su hermana, pero de madre hizo siempre: no conoció otra, ni oyó hablar jamás de que otra hubiera tenido, ni en estampa siquiera se le reveló su figura auténtica, misterio este que la mágica linterna del primo nunca llegaría á descifrar quizá; era su hermana, pero sus sentimientos (menos en aquella aciaga temporada en que la influencia florentina nubló su razón) fueron sinceramente maternales, y si para probarlo los recuerdos de tantos años de amorosos desvelos no estuvieran patentes, bastara el hecho sólo que acababa de quebrar violentamente el lazo secreto que la unía á Fortunato: por ella, por su porvenir, por el interés y el afecto profundo que la conservaba, habían chocado ambos y la discordia estallado, y estaba ahí herida, vendada la frente y el corazón sangrando. ¡Pobre Jerónima! Sintió la joven deseo de besar á la triste vencida, y se inclinó sin ruido. Quedaban selladas las paces.

La fatiga la entornó los ojos al cabo, y se adormeció también. ¡Qué noche! Con frecuencia se irguió asustada por los bramidos del pampero y la respiración de misia Jeromita. A las cuatro de la mañana (distintamente las anunció el reloj del comedor) se oyó en la calle el tropel de los lecheros, que pasaban canturreando con desapacible monotonía, y chirriar las ruedas de las carretas perezosas, y transcurrió buen espacio aún, una hora larguísima, antes que clarearan las rendijas de ambas ventanas y sonara el cascabeleo del primer tranvía. Cantó luego el gallo alegre, y poco á poco los diversos ruidos de la vida exterior se hicieron notar; la luz pálida del alba, más intensa, amortiguó á la del gas, á pesar de las barreras que la rechazaban. Un chico voceó *La Opinión* una, dos, tres veces. Era el nuevo día. ¡Gracias á Dios!

Pantaleona, cuidadosamente, entreabrió un postigo. ¡Qué pálido brillaba el sol en medio de los estragos de la pasada borrasca! El molino de Blumen, rotas las aspas, aparecía como gigante á quien el huracán cercenara la orgullosa cabeza; los árboles con las ramas tronchadas, los eucaliptos, los pinos, magnolias y araucarias lloraban aún del mal trato y crueldad de su enemigo, soltando lágrimas innumerables á la menor sacudida del aire... En el jardincito, las plantas abatidas se humillaban en el lodazal; un seibo, gala de las islas paranaenses, tenía partido el tronco y se doblaba en dos con doloroso desmayo; delante de la puerta podía reconocerse la huella del cuerpo del ángel malo, donde le derribó la mano vengadora de Pantaleona. Esta cerró de pronto, espantada de que el otro quisiera volver á reanudar la batalla, porque en la casa estaba y forzosamente había de tropezarsele apenas saliera. La nueva luz no le traía el alivio y el consuelo que ella creía.

Cerró, pues, preocupada y temerosa, y se dirigía á su sitial de enfermera cuando llamaron á la puerta por el lado del jardín. ¿El? ¿Sería él? No contestó Pantaleona, y llamaron de nuevo. Ya misia Jeromita se había incorporado, y limpia de fiebre, al parecer, interrogaba á la muchacha con los ojos. Pantaleona dió un paso.

—¡No abras, ordenó la señora, no abras!

—¿Y si no fuera él?, preguntó indecisa la joven.

Deliberaron. Antes de abrir miraría por la rendija; si era él, aunque mostrara el arrepentimiento mayor del mundo y gastara toda la miel de su zalamera perfidia, no le daría entrada; le diría que nones, de orden de ella, de Jerónima; y si pretendía forzar la puerta pediría auxilio por la ventana. El último escándalo, el último, ya que él se empeñaba en provocarlo. Fué Pantaleona y miró recelosa.

—¡Si es Aurora!, dijo alegremente.

Dejó paso á la mulata, que entró desgreñada y sin lavarse aún, trayendo el mate cebado para misia Jeromita y en una bandeja la taza de chocolate para la niña; el desayuno del señor hubo de llevarlo á la cocina, «porque estaba el señor encerrado y no contestaba, lo mismo que si estuviera muerto.»

—Estará durmiendo, apuntó la joven.

—¿Qué ha de estar durmiendo!

—Pues se habrá ido de paseo...

—¿Por dónde ha de haber salido, si la llave la guarda la señora?

Misia Jeromita, más amarilla que un cirio, echó una ojeada á la mesa de noche, donde aparecía la enorme llave del portón. Pantaleona la observó también y se pasmó.

—Pongo mis manos en el fuego que algo le ha sucedido, añadió Aurora, y si por mí fuera llamaba al cerrajero en seguida.

Reparó que estaba vendada la señora, y alzó el grito lamentándose del accidente. También ella dió una costalada en el patio y casi se desnucó. ¡Bueno

lo había dejado todo la inundación! En la cocina tuvo que sacar el agua con baldes, y se pasó la noche en blanco para evitar que se anegara su cuarto; el cielo raso del comedor se había desprendido, y colgando estaba una mitad y la otra mitad de la arpillera á punto de caer también; habían muerto ahogados tres conejos, dos gallinas, una de ellas la pintada cenicienta, que ya ponía la pobre, y un pato, el abuelo... ¡Qué dolor! Era preciso llamar á los albañiles, porque con otra tormenta igual se derrumbaba la casa.

Misia Jeromita se apretaba con ambas manos las sienes, del escozor de la herida ó del más hondo que la causaban tantas malas noticias juntas; rechazó el mate que la mulata, irrespetuosamente, llevó á sus labios para arrancarle una sabrosa chupada, y llamó á Pantaleona, á quien, bajito, consultó ansiosa... ¿Había oído? No lo referente á los perjuicios de la noche última, que eso, lamentable como era y seguro motivo en cualquier otra ocasión de grandísimo disgusto por los gastos que demandaba, no merecía la pena ahora de tomarse en cuenta, sino aquello de la encerrona misteriosa del otro; encerrado estaba, sin sombra de duda, porque á la calle no pudo salir. ¿Dormido? ¿Cómo no respondía al llamamiento de la criada? ¿Muerto? ¿Suicida acaso?

—¡Qué disparates los tuyos, Jerónima!, la sermoneaba la joven al oído. ¡El suicidarse! No le dará tan fuerte; atribuye más bien al Jerez, á los restos de la botellita de anoche, su sueño de plomo; porque anoche estaba *en trinquis*, apestaba á vino, y esto excusa, si hay excusa para lo que ha hecho, la escena en que te dió buena muestra de su cariño. Déjale que duerma á pierna suelta: así nos libramos de alguna nueva acometida si le viniera la gana de intentarla; contra dos mujeres indefensas todo cobarde es valiente, y mira, yo no sé si me sentiría hoy con fuerzas de repetir el guantazo que le dí anoche con tu permiso. Quieta, pues, por lo menos hasta que venga Nepomuceno, que supongo sabrá arreglarlo todo á satisfacción general. Si quieres, te dejaré encerradita con llave, para mayor seguridad tuya y tranquilidad mía.

—¡Ay, sí, sí!, lloró la señora, ¡y te la llevas, Leona; tengo miedo, me inspira horrible miedo; á qué extremo hemos llegado!

Las chupadas de la mulata las advirtieron que no debían prolongar el secreteo delante de testigo semejante, y la ordenaron que dejara entrar al sol, que asomó tristón, con mal humor, sin duda, de que le obligasen á dar luz á la desolada alcoba.

Bajo la venda, señal evidente de su infortunio, misia Jeromita seguía llorando. Acercóse Pantaleona para levantar el improvisado apósito, y ella, que la contemplaba tan flaca y ojerosa, experimentó nueva tortura, mayor dolor del que hasta entonces sintiera; recostando la cabeza sobre su hombro, murmuraba angustiosamente:

—¿De veras que me perdonas? ¡Leona, hijita mía, no tardes!.. ¡Llévate la llave! ¡Le tengo miedo, horrible miedo!

VIII

Es creencia vulgar que en los cuentos, novelas y toda clase de bonitas patrañas compuestas para distraer el ocio, la casualidad ha de tener grande parte, ayudando al autor de manera que éste deja que vaya ella tejiendo la trama y la desenrede luego, y obstáculo que encuentre, á ella acude, que le remedia al punto; mas si esto en cosas de imaginación suele ser verdadero, en la vida real pasa como indiscutible y repetido accidente, porque la susodicha casualidad, libre de las impertinencias de autorcillos caprichosos, dispone de los destinos humanos á su antojo y los enmaraña, corta, anuda, enlaza ó separa, sin que valgan las leyes del arte ó de la razón, que en cierto modo gobiernan las novelas y comedias. No se atribuya, pues, á intervención mía en los sucesos de que soy torpe cronista, el que Pantaleona se encontrara con Jorgito Cadenas al subir al tranvía, aquella mañana que fué, por encargo de la acongojada misia Jeromita, en busca de D. Juan Nepomuceno para que enderezara lo que los amores florentinos habían torcido tan miserablemente; era el tranvía el de las diez, el mismo que conducía á Jorgito todos los días laborables á la ciudad, y así se dió de narices con él, que fumando iba en la plataforma.

Cualquiera sabe el género de sentimientos que alimentan estas almas decadentes, llamadas á sí propias *fin de siglo* con galicana fatuidad. ¿Fué emoción amorosa, remordimiento, deseo de paz, galantería, acaso intención grosera (dada la fama que en el barrio gozaba la infeliz muchacha), ó también alarde de petulancia, viéndola tan desmejorada y abatida, seguramente de resultados del rompimiento?

(Continuará)

¿DICE LA BIBLIA VERDAD?

Tal vez el suceso más notable de la historia moderna del Cristianismo es la confirmación inesperada de las verdades de la Biblia por parte de quien parecía ser su más encarnizada enemiga: la ciencia moderna. Hace cincuenta años no existía nada en realidad que atestiguase ó corroborase la certeza de los hechos narrados en el Antiguo Testamento, y el teólogo y el creyente hallaban gran dificultad para contestar los argumentos de los escépticos, por la sencilla razón de que no existían otros escritos contemporáneos de aquel libro sagrado, mientras los incrédulos, con gran aparato de datos científicos, afirmaban que lo poco que se sabía estaba en completa contradicción con lo que el Antiguo Testamento decía. Pero de pronto surgió toda una ciencia nueva, y el pico y la pala de los investigadores científicos modernos han venido á demostrar la verdad. Ha vuelto á ver la luz parte del antiguo mundo bíblico, y hoy contemplamos cara á cara á los propios contemporáneos de Daniel, Moisés, José y Abraham.



Estela de Menephtah, primer monumento egipcio en que se hace mención del pueblo de Israel.

Comenzó esta obra hace poco más de un siglo, en 1802, fecha en que Grotefend, de Goettinga, hizo entonces sus famosas é ingeniosas tentativas para descifrar unas cuantas palabras escritas en caracteres cuneiformes. Algunos años después, en 1818, Champollion descifró la famosa piedra de Rosetta, clave de los jeroglíficos egipcios; y en 1835, Rawlinson, junto con Hincks, consiguió lo que no pudo lograr Grotefend por falta de antecedentes, es decir, descifrar por completo las inscripciones persas, y últimamente, á principios de la segunda mitad del siglo pasado y con ayuda de otros, las inscripciones asirias.

Entre tanto exploradores y excavadores habían logrado encontrar el sitio en que se alzaban algunas ciudades mencionadas en la Biblia; hallando entre sus ruinas inscripciones históricas de la mayor importancia, refiriendo hechos en conformidad con lo expuesto en el Antiguo Testamento y arrojando mucha luz sobre el contenido de la mayor parte de los capítulos de aquel sagrado libro. Con ayuda de ellos se ha probado que son hechos históricos muchos de los que calificaban los escépticos de cuentos, y se ha demostrado, de modo convincente, que la Biblia no es la relación legendaria de una época mitológica. Los grabados que acompañan á este artículo son reproducciones de algunas de esas inscripciones más famosas. De veinte años á esta parte, las excavaciones se prosiguen con gran actividad, descubriendo unas cuantas ciudades de la tierra de Edén, donde moraba Abraham. La Universidad de Pennsylvania excava por su cuenta la ciudad de Nippur, cuyo nombre bíblico es Calneh (*Génesis*, 10), los franceses excavan Tello, que florecía antes de nacer Abraham, y los alemanes están ocupados en sacar á luz el templo y torre de Babel, en la ciudad de Babilonia.



Ladrillo de barro del tiempo de Josué en que se relata la entrada de los hebreos en la Tierra Santa.

En esta región tuvieron origen las notables leyendas babilónicas, que tanto se parecen á las relaciones bíblicas de la Creación, el Paraíso y el Diluvio. Gran número de los ladrillos donde aparecen estas leyendas fueron escritos en los tiempos en que

Abraham vivía. A la vez que son indudablemente copias de inscripciones, pertenecientes á una época mucho más antigua, tienen evidentemente un origen común con las versiones de la Biblia.

Gran número de importantes inscripciones se han encontrado en el edificio Ziggurat Etemenauki (Torre de Babel). Prueban que lo que dice el Génesis, respecto á su erección, está en completo acuerdo con lo que se conoce de las inscripciones hechas por los antiguos pueblos que habitaron la llanura de Shinar. Por ejemplo: según el Génesis, los constructores dijeron: «Edifiquemos una ciudad y una torre cuya cabeza llegue hasta el cielo.» Nabucodonosor, en una inscripción que puede verse en el Museo de la Universidad de Pennsylvania, refiriendo su reparación de la torre, dice: que pone manos á la obra «para levantar la torre, á fin de que su cabeza llegue hasta el cielo.» Sin embargo, en su tiempo la torre sólo tenía ciento cincuenta pies de altura.

No es tan sólo que los antiguos, en sus exageradas concepciones, usasen esa expresión para significar lo que era muy elevado, sino que, como lo ha demostrado el profesor Hilprecht, esas torres eran representaciones locales de la mística montaña, donde se suponía que moraban los dioses. Sus cimientos descansaban en «el bullente mar del abismo» y sus cabezas llegaban á la región de Anú, que es el cielo.



Momia de Ramsés II, el Faraón opresor

Este es un ejemplo de cómo los resultados obtenidos por la habilidad de los descifradores vienen á esclarecer las narraciones del Antiguo Testamento. La tierra de los Faraones ha sido, durante los últimos cincuenta años, teatro donde las excavaciones se han llevado á cabo con gran actividad. No solamente vuelven á ver la luz del día los grandes monumentos de la antigüedad, sino también los mismos hombres que los construyeron. En Babilonia se encontró el retrato, en bajo relieve, de Amraphel, el contemporáneo de Abraham; pero en Egipto podemos contemplar las facciones mismas de los Faraones que desconocieron á José y oprimieron á Israel, y de aquel que se vió obligado á libertarlo de la servidumbre.

Las excavaciones han demostrado que todo cuanto dice el Pentateuco referente á Egipto está en admirable armonía con lo que ellas han revelado. Lo que más luz ha arrojado sobre la historia primitiva de la Palestina y que más ha influido en la crítica bíblica, ha sido el descubrimiento de más de trescientos ladrillos de barro, con inscripciones, hecho en Egipto, en un lugar llamado Tel-el-Amarna. Contienen cartas escritas por naciones amigas y vasallas de varias partes del Asia Occidental y dirigidas á los Faraones Amenophis III y IV, que reinaron hacia el siglo xv antes de Jesucristo. Así como el francés es la lengua hoy día de la diplomacia en todo el mundo, como el griego lo fué en tiempo de Cristo y el aramaico en el de Isaías, así lo era el babilónico en los días de Moisés. Las inscripciones de esos ladrillos de barro están en lengua y caracteres babilónicos en su mayor parte. Demuestran cuán extendido estaba el conocimiento y práctica de la escritura hacia la época de la conquista, con especialidad en Palestina. Esto está en contradicción completa con las teorías de los críticos, que todo lo niegan, y que alegaban, para demostrar que el Pentateuco no pudo haber sido escrito en tiempo de Moisés, que los habitantes de aquel país eran analfabetos y semibárbaros. Pero aún más importante que eso es la bienvenida luz que arrojan sobre los sucesos que entonces ocurrían en Palestina y que concuerdan de modo notable con lo que dicen el libro de Josué y el de los Jueces.

De especial interés son las cartas escritas por Abdi-Hiba, de Ursalim (Jerusalén), por Rib Addí, de Gublas (Byblos), y otros, referentes á un pueblo que hacía rápidas incursiones en aquel país. «Los Habiri han saqueado todo el territorio.» «Ocupan las ciu-

dades del rey.» «No queda ni un gobernador de los nombrados por el rey.» «Si no se envían tropas, las tierras del rey se perderán por causa de los Habiri.» Hay muy diversas opiniones respecto á quiénes eran los Habiri. Considerada filológicamente la palabra Habiri, puede ser tomada como equivalente á la de



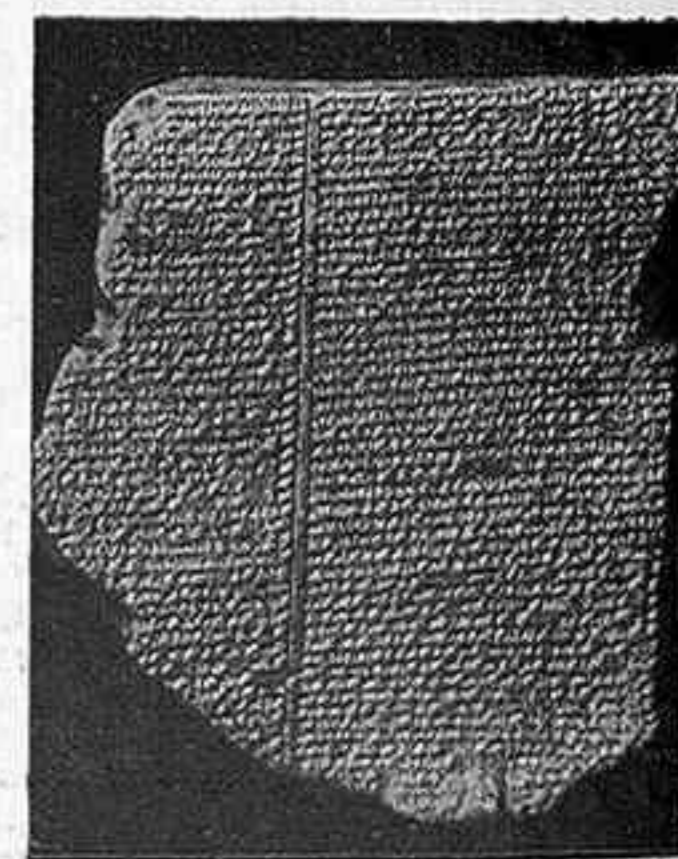
Cilindro que habla de la torre de Babel, que tenía 150 metros de alto

Hebreo, y como esos ladrillos corresponden á la fecha que los hebreos señalan á la entrada de Josué en Canaán, es muy posible que esas cartas se refieran á dicha conquista. Parece extraño que se hayan encontrado en Palestina menos documentos que corroboren y aclaren el Antiguo Testamento, que en otros países muy conocidos por las referencias de la Sagrada Escritura. Esto es debido á que se ha llevado á cabo en la tierra de los hebreos sólo una parte muy pequeña de la importantísima empresa de practicar excavaciones en los sitios nombrados en la Biblia. El país está literalmente cubierto de ruinas, muchas de las que contienen restos de la antigua civilización israelita. Fel-el-Hesy, la antigua Lachish del Antiguo Testamento, ha sido en parte excavada por los ingleses, quienes reconocieron ocho distintas ciudades, descansando unas sobre otras. Cuando los excavadores llegaron al recinto Amorita, del siglo xv antes de Jesucristo, y precisamente en el último día en que podían trabajar, según la autorización del sultán, hallaron un ladrillo de barro babilónico. En él se menciona á Zimrida, gobernador de Lachish, ya conocido de antes por otra carta hallada en Fel-el-Amarna. A causa de las circunstancias especiales en que se verificó su descubrimiento, se le ha calificado de «una verdadera novela arqueológica.» El descubrimiento hecho por la expedición de la Universidad de Pennsylvania del inmenso templo biblioteca de Nippur, que contenía cerca de

veinte mil ladrillos con inscripciones; el de los de Amarna, en Egipto, muchos de los que estaban escritos en Palestina, junto con los descubiertos en este último país, permiten esperar que algún día, cuando se excaven los lugares adecuados, se hallarán importantes inscripciones en barro y piedra del tiempo de Moisés y de Josué, algunas de las cuales puedan tal vez contener parte de los primeros capítulos del Antiguo Testamento.

En Dibán (la Dibón de la Biblia), en la tierra de Moab, se ha descubierto un monumento que contiene el escrito hebreo más antiguo que se conoce, y que fué erigido por Mesha, rey de Moab (2, Reyes, III, 4) unos 890 años antes de Jesucristo, para perpetuar el recuerdo de su victoria sobre Israel en tiempo de Ahab, y también la restauración de sus ciudades. No sólo es una lectura parecida á la de una página del Antiguo Testamento, sino que ilustra y complementa el relato que hace la Biblia de las relaciones entre Israel y Moab.

La publicación, hace unos cincuenta años, de los dos tomos de la obra de Austen Henry Layard titulada *Ninive y sus restos*, causó profunda sensación. Antes de sus descubrimientos, una pequeña vitrina del



Relato babilónico del Diluvio, que concuerda con la narración bíblica.

po de Ahab, y también la restauración de sus ciudades. No sólo es una lectura parecida á la de una página del Antiguo Testamento, sino que ilustra y complementa el relato que hace la Biblia de las relaciones entre Israel y Moab.

Museo Británico contenía todas las antigüedades traídas de Asia y Babilonia. Hoy las espaciosas salas están llenas, hasta rebosar, de grandes genios alados, monumentos, bajos relieves y antigüedades de toda especie, además de miles de inscripciones en barro y piedra procedentes de Asiria. A dicho país, con especialidad, vuelven los ojos el que se dedica a los estudios bíblicos para hallar relatos conformes a los del Antiguo Testamento, porque la mayor parte de éste pertenece a la época en que los asirios eran el pueblo preponderante de aquel antiguo mundo. Esa es la nación que representó tan importante papel en la historia del doble reino de los israelitas. Ese es el país de Salmanásar, Figlatpileser, Sargon, Senaquerib, Exarhaddon y Asuapper, nombres que hallamos en el Antiguo Testamento, y está fué, por último, la nación que redujo al cautiverio al pueblo de Israel.

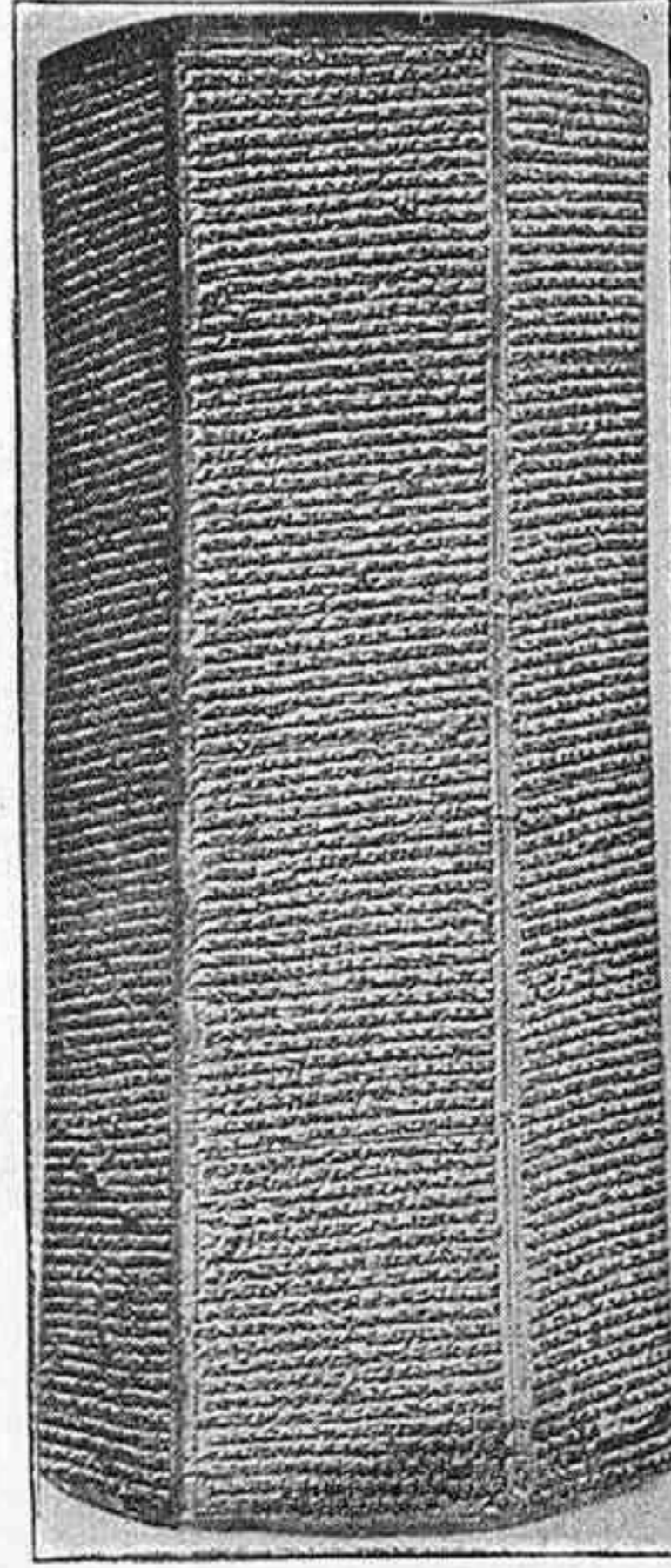
En los anales de estos reyes es natural, pues, que se busquen noticias referentes a los israelitas; y no se buscan en vano, porque lo mismo que sucede con casi todos los reyes de naciones extranjeras cuyos nombres se expresan en la Biblia, por haber estado en contacto con los hebreos, se encuentran en las inscripciones asirias alusiones a los israelitas, con la única diferencia que éstas son excesivamente más numerosas, como era lógico presumir.

Citaremos un solo ejemplo, sacado de esas notables relaciones. Todos los que han estudiado la Biblia conocen la campaña de Senaquerib, rey de Asiria, el año 701 antes de Jesucristo, relatada en el 2.º de los Reyes, XVIII. Senaquerib, con el transcurso del tiempo, hizo que sus anales se inscribiesen en un cilindro de barro de forma exagonal y de catorce pulgadas de altura, donde se da cuenta de ocho campañas. La tercera es contra las ciudades de Palestina.

Primero se relatan las conquistas detalladas de varias ciudades; sigue la relación de las medidas que tomó contra las ciudades amuralladas de Judá. «Yo



Obelisco de Salmanasar cuya inscripción concuerda con la historia bíblica de Jehú.



Inscripción de Senaquerib que habla de la invasión narrada en el libro II de Los Reyes.

entré y quité a Hezekiah de Judá, que no se había sometido a mi yugo, cuarenta y seis de sus ciudades, bien muradas, junto con innumerables pequeñas poblaciones vecinas, con las acometidas de los arietes y los golpes de las máquinas de sitiar. 200.150 personas, grandes y pequeños, varones y hembras, caballos, mulos, camellos, bueyes y carneros sin número, me traje de en medio de ellos como mi botín. A él mismo (Hezekiah) lo encerré en Jerusalén, su ciudad real, como un pájaro en una jaula. Por lo

que respecta al propio Hezekiah, el terror de la gloria de mi soberanía le anonadó. Hice que trajeran tras mí, a Nínive, mi ciudad real, treinta talentos de oro y ochocientos de plata.» Esta es una relación muy semejante a la bíblica de aquella célebre campaña. Algunos detalles, por ejemplo, la exacta cantidad de oro, treinta talentos de plata, que la Biblia dice que pagó Hezekiah, es la misma en ambas ocasiones.

En muchas cosas las relaciones bíblica y asiria se complementan una a otra, así es que ha podido conocerse relativamente por completo lo sucedido en aquella invasión. La gran calamidad que durante la noche sobrevino al ejército de Senaquerib, que le obligó a retirarse inmediatamente de aquellas regiones, a saber: «Que el Angel del Señor vino y mató en el campamento de los asirios a 185.000 de ellos,» nadie creería que sería mencionada en las inscripciones asirias, pues nunca acostumbraban relatar sus derrotas. La Biblia dice: «Así, pues, Senaquerib, rey de Asiria, marchó y se fué y se volvió y moró en Nínive.»

Eso mismo dice su inscripción, y aunque vivió unos veinte años más después de aquella campaña y llevó a cabo grandes operaciones en otras comarcas, y como él dice, había aprisionado a Hezekiah como un pájaro en una jaula, nunca más volvió a penetrar en tierras de Judá. ¿Fué porque temía a Jehová, Dios de los hebreos?

Ciro nos refiere su toma de Babilonia, 539 años antes de Jesucristo. Muchas de las expresiones que emplea en su cilindro de barro son casi idénticas a algunas que se hallan en las profecías de Isaías, como, por ejemplo: cómo Dios «buscó un príncipe justo, según su propio corazón, para tomarle por la mano,» etc. Además explica cómo dió libertad a un pueblo que estaba cautivo, y también que con éste devolvió a su país las cosas sagradas que tenían; lo que concuerda de modo muy notable con lo que dice el libro de Esdras.—A. T. CLAY.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUIZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOMERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

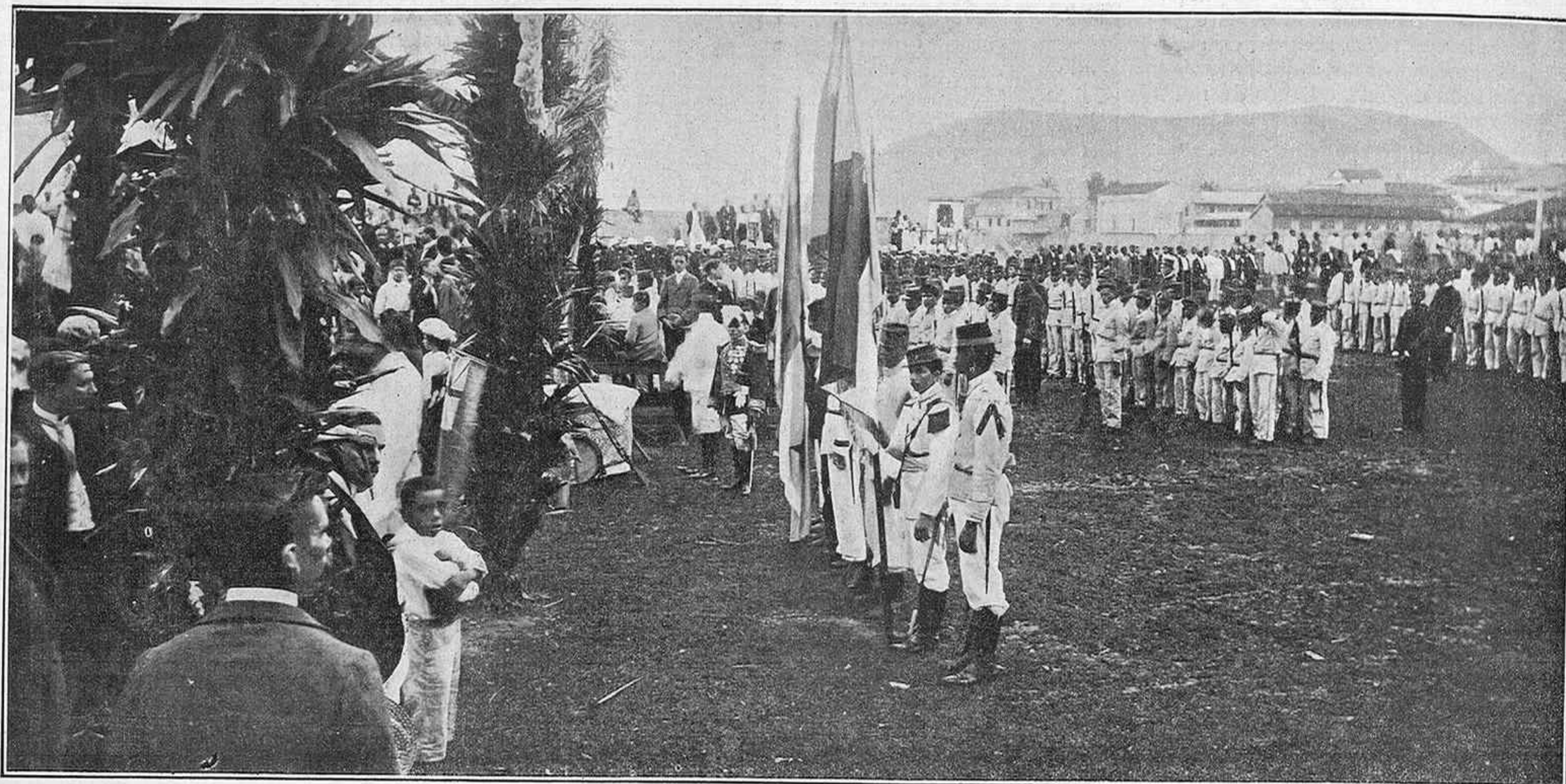
Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.— Precio: 12 REALES.
Hallar en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES
ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
en BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Eulgir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



REPÚBLICA DE PANAMÁ. - JURA DE LA BANDERA DE LA REPÚBLICA DE PANAMÁ POR EL EJÉRCITO EN LA PLAZA DE ARMAS

**COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO**

**GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU**

*El mejor y más económico
Ferruginoso.*

CLIN Y COMAR, PARIS. - En todas las Farmacias. 654

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeteur célèbre depurativo vegetal prescrito por todos los médicos. Para evitar las falsificaciones, exigir el legítimo. Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso.
CANDES et Co. B^{te}-Donaig

Reumáticos y Gotosos!
Tratado de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(DOS SIGLOS DE ÉXITO)
No contiene ni Colchico,
ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artrismo,
la Diabetes, las Enfermedades
del Hígado y de los Riñones.
En la **PLANCHE**
en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigirse el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigirse el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigirse el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

AVISO A
LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 4, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑA Y SIDIÓN